COMEDIA FAMOSA.

EL MONSTRUO DE LA AMISTAD.

DE DON PEDRO LANINE SAGREDO.

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES.

D. Jayme de Cardona, Galan
D. Alexandro Torrellas, Galan.
D. Cárlos de Moncada, Galan.
D. Juan de Rocafull, Barba.
D. Pedro de Luna, Barba.
Un Peregrino.
Dª Leonor de Rocafull, Dama
Dª Isabel de Luna, Dama.
Celia, Criada.
Ines, Criada.
Perdigon, Gracioso.
Gazapo, Gracioso.
Dos Angeles.
Dos Bandidos.
Dos Alguaciles.
Dos Criados.
Música.
Acompañam.

JORNADA PRIMERA.

Descúbrese una portada magnífica de un Templo cerrada, y á los lados dos canceles que puedan abrirse y cerrarse á su tiempo, y salen D. Alexandro y D. Cárlos.

Carl. PAra daros á entender
que es Doña Leonor mi prima,
de la Iglesia os he sacado
(de esta suerte no se explica *ap.*
mi afecto, y vengo mis zelos)
y que qualquier demasía,
que es ofensa en su decoro,
pasa á ser ofensa mia;
y que:::- *Alex.* Tened, que una vez
que del arco de la ira
fulmineis alguna voz
de mi sufrimiento indigna,
me ocasionaréis, Don Cárlos,
á que falte á la debida
atencion de Caballero,
que es dexar siempre bien vista
la opinion de qualquier Dama;
y Doña Leonor por hija
de Don Juan de Rocafull,
por su sangre esclarecida,
la veneracion de todos
se merece por sí misma:
ved cómo podrá ofenderla
quien su virtud acredita;
pues el acaso de haber
al salir de la Capilla
yo de esa Imágen Sagrada,
á quien Valencia apellida
Madre de Desamparados,
y entrar en la ocasion misma
Doña Leonor tan á un tiempo,
que llegamos á la Pila,
ella á tomar agua, quando
yo ya tomádola habia:
parecióme que era en mí
urbana cortesanía
ministrársela, á que honesta
no solo excusó admitirla
de mi mano; pero aun no
tomar quiso agua bendita,
con que no sé que sea ofensa
la que empezó cortesía.
Mas esta satisfaccion,

tan hija de mi hidalguia,
la doy solo á la señora
Doña Leonor por sí misma,
no á vos; que hombres como yo,
que provocados se miran,
solo la dan con la espada,
que es lo demas ignominia.
Carl. La satisfaccion admito
por lo que toca á mi prima,
y la que á mí con la espada
me dais, tomo con la mia.
Alex. Pues la lengua del acero
hable solo. *Carl.* Ya os incita
el mio. *Sacan las espadas.*
Salen D. Jayme Cardona y Perdigon.
Jayme. Qué es lo que miro?
Perd. Dónde vas? qué determinas?
Jayme. Caballeros, tened: pero
Don Alexandro? *Alex.* No impida
vuestra espada le dé muerte.
Jayme. Tened, Don Cárlos.
Carl. Mis iras
no es fácil que se suspendan.
Sale Gazapo, Gracioso.
Gazap. Caballeros, el Justicia
Mayor, con los Alguaciles,
á este sitio se encamina.
Dent. Justicia. Prendedlos: acudid todos.
Carl. Cielos, que ahora me impida
mi venganza! *Alex.* Que este estorbo
suceda! *Gazap.* Ya como abispas
vienen á la miel.
Carl. Qué harémos?
Alex. Para ocasion mas propicia
dexar el duelo pendiente.
Carl. Yo os buscaré. *Alex.* Yo la misma
diligencia haré tambien.
Perd. Que llegan: vamos aprisa.
Alex. Retirémonos, Don Jayme,
entre tanto que el Justicia
desocupare este sitio,
que volver á él me precisa
un cuidado. *Jayme.* Y otro á mí
volver á él tambien me obliga.
Alex. Ten cuenta si Leonor sale,
Gazapo, de la Capilla
de Desamparados. *Gazap.* Ya
hecho huron quedo á la mira.
Jayme. Quédate tú á lo que digo. *Vanse.*
Perd. Quál vienen á la pesquisa!
Gazap. Mi aviso espantó el nublado.
Salen D. Pedro de Luna, Justicia Mayor, dos Alguaciles, y D. Juan Rocafull.
Alg. 2. Fuga hicieron.
Pedro. No hay quien diga
quién motivó la pendencia?
Alg. 1. Sí señor, los que reñian
son Don Cárlos de Moncada.
Juan. Mi sobrino fué? prosiga.
Pedro. Con quién?
Alg. 1. Con Don Alexandro
Torrellas: de la Capilla
de Desamparados, dicen,
que ya del duelo salian
por una Dama. *Juan.* Qué oigo!
No ha un instante que mi hija
en ella entró: ah vil rezelo!
Perd. Por Dios, que el soplo venia
de ayre cierzo. *Pedro.* Siendo así
que hay duelo en los dos, precisa
obligacion se hizo en mí,
como Juez, que al punto asista
á prenderlos; pues de leves
pavesas que un lance aviva,
se encendiéron tantos bandos
en las mas nobles familias
de este Reyno, cuyo estrago
ha causado tantas vidas.
Juan. Señor Don Pedro de Luna,
no ignora Vueseñoría,
que es Don Cárlos mi sobrino,
y que las prerogativas
de mi sangre y estas canas,
que animada plata rizan,
los afanes de la guerra
aun mas que la edad prolixa
cambiáron, han sido siempre
de recomendacion dignas.
Don Alexandro Torrellas,
que se reduzca es precisa
atencion de Caballero,
á quanto mi voz le diga:
y en fe de esta confianza,
yo me ofrezco en todo el dia
reconciliarlos á entrambos,
tomándolo á cuenta mia,
que hecho estoy á ajustar duelos,
y sé á qué un noble se obliga;

mas

mas esto que ofrezco, es
en caso que no lo impida
duelo de honor, porque en él
debe mediar la Justicia.
Pedro. Señor Don Juan Rocafull,
mi amistad fiel os estima,
que interpongais vuestra grande
experiencia y bizarría
en convenir á los dos,
y desde luego lo fia
mi obligacion á la vuestra:
mas advertid, que peligra
en la dilacion. *Juan.* Al punto
parto. Dos causas me obligan *ap.*
á ajustar sus amistades:
es la una ser sangre mia
Don Cárlos; y así excusarle
que á sus muchas demasías
otra añada, conmovido
de los Bandidos que abriga:
la otra es, que Don Alexandro
por mis deudos solicita,
que la mano le conceda
de Doña Leonor mi hija;
y era eleccion acertada,
por ser sus prendas muy dignas
de qualquier empleo, y ser
rico y de sangre muy limpia:
y aunque hasta aquí (ó temor sea
ó modestia conocida)
no se declaró conmigo,
viendo que soy quien motiva
su quietud, causa le doy
para que á Leonor me pida.
Pedro. No os vais, Don Juan?
Juan. Ya me voy. *Vase.*
Perd. La prision se hizo cecina
para los Verguetas. *Gazap.* Calla.
Pedro. Sin faltar á la debida *ap.*
obligacion de mi puesto,
Don Juan Rocafull me evita,
que á otra obligacion no falte:
si él supiera, que su hija
me tiene ahora avisado,
que la importa en la Capilla
de esa milagrosa Imágen
hablarme, para que impida
un infeliz lance, en que
su honor y fama peligran,
qué dixera? No comprehendo,
por mas que el juicio vacila,
qué podrá ser, que en Leonor
es la virtud conocida.
Con mi hija Doña Isabel
ha de estar: si tan aprisa
lo he de apurar, para qué
el discurso se fatiga?
Ya me aguardarán. Vosotros
me dexad solo. *Alg.* 1. Precisa
es nuestra obediencia.
Alg. 2. Vamos. *Vanse.*
Gazap. Quál van.
Perd. Como el que con linda
gana entra á una viña, y halla
ya vendimiada la viña.
Salen Don Alexandro y Don Jayme.
Alex. Ya parece que se han ido.
Gazap. La casa toda voló.
Jaym. Viste á quien te dixe? *Perd.* No.
Alex. Salió Leonor?
Gazap. No ha salido.
Alex. Preciso será aguardar, *ap.*
y que Don Jayme supiera
que amo á Leonor no quisiera.
Jayme. Nada se viene á arriesgar, *ap.*
que se esté aquí con tal calma
Alexandro; pues mi amor
solo ha de hablar á Leonor
con el idioma del alma.
Alex. Pues que ya parte os he dado
por qué nuestro duelo fué,
sepa yo de vos á qué
os mantiene aquí el cuidado.
Jayme. Lo mismo debia inquirir
de vos; mas la opinion sigo
saber solo de mi amigo
lo que él me quiera decir.
De serlo vuestro la fama
tengo, y de vos, en razon
os fiaré el corazon,
no el crédito de mi Dama.
Pues con tan mudo decoro
su fiel deidad reverencio,
que solo de mi silencio
ha sabido que la adoro.
Tres años habrá, que sigo
girasol su llama bella,
y no se lo he dicho á ella,

ved si lo diré á un amigo.
Alex. Vuestra fineza es bien rara;
y si esa Dama supiera,
que la amais tan fino, fuera
ingrata sino os premiara.
Y con mas razon me obligo,
Don Jayme, á ser desde aquí
aun mas vuestro amigo, si
puedo ser mas vuestro amigo.
Jayme. Yo os lo estimo, que en la cruel
avara suerte que explico,
bien se puede llamar rico,
quien logra un amigo fiel.
Perd. En ser su amigo, es bien cobres
fama. *Gazap.* Por qué, Perdigon?
Perd. Porque los mas ricos son
antípodas de los pobres.
Jayme. En fin, es fuerza esperar.
Alex. Preciso en mí es que esperemos;
y así el tiempo aprovechemos,
que se gasta en aguardar.
Jayme. Cómo? *Alex.* Con la relacion,
que me ofrecistes hacer
movido fielmente ayer
de vuestra gran devocion,
con principios asentados
de la Vírgen milagrosa
del puro Sol prodigiosa
Madre de Desamparados.
Jayme. Como en Valencia he asistido
siguiendo el pleyto (ay de mí!)
que infelizmente perdí,
su orígen bien he sabido.
Alex. Yo no, que aunque mi atencion
estando de aquesta tierra
lo mas ausente en la guerra,
conservo su devocion:
siempre he sido negligente,
sino ahora, en saber su historia.
Jayme. Pues prevenid la memoria,
y escuchadme con fe ardiente.
Gazap. Relacion? has de escucharla?
Perd. Yo no, ni de aqueso trato.
Gazap. No importa, oigamos un rato,
que luego irémos á echarla.
Jayme. Valencia, que en toda Europa
logra el renombre admirable
de fértil, hermoso hibleo
de quantas amenidades
produce en frutos la tierra,
y brota en flores brillantes;
anteviendo allá en su idea,
proféticamente instable,
que á la amena hermosa copia
de sus delicias fragrantes,
aun le faltaba otra intacta
Rosa, que se descollase
sobre todas las demas
flores bellas, que admirable
excediese en la pureza
de las sumas suavidades
á la flor de Jericó
y Lirios de los Cantares:
movida de sacro impulso,
dispuso allá en sus piedades
(porque quien dixo Valencia,
dixo con seguras frases,
piedad, culto y devocion.)
Perdonen quantas Ciudades
circundan el Orbe, pues
ninguna puede igualarse
en los reverentes cultos
y sacras solemnidades;
pues en cada calle tiene
su devocion una Imágen
de María Soberana,
ó de su Hijo inefable
ó de otros Santos, á quien
consagran festividades
con tanta magnificencia,
y con cultos tan loables,
que ya en aromas que ahuman,
ó ya en antorchas que arden,
sube en holocausto el zelo
á penetrar incesante
del Sacro Olimpo divino
las inmensas rariedades.
Movida de sacro impulso,
dispuso allá en sus piedades
Valencia (vuelvo á decir)
porque mejor se lograse
su fe devota, é hiciese
el fervor mérito ántes,
formar una Cofradía,
cuyo instituto inviolable
fuese dar sepulcro á aquellos
cadáveres, que encontrase
en el campo, cuyas vidas
per-

perdiéron al penetrante
filo del acero, ó al
líquido curso insaciable
de ese cristalino monstruo,
que en sus entrañas voraces
los hombres devora, y vuelve
á tres Auroras cabales
á arrojarlos de su vientre
sobre su espalda indomable.
Fué creciendo su fervor
al paso que ese volante
rápido curso del tiempo
contó á lustros las edades,
hasta que viendo la fiel
Cofradía, que la Nave
de su devocion surcaba
aun en las tranquilidades
de sereno mar las ondas,
sin norte que la guiase;
cumplir á Valencia quiso
aquel anhelo implacable
de que á su ameno pensil
se añadiese otra fragrante
flor ó cándida Azucena,
que á todos aventajase;
y eligió para lograrlo
labrar una sacra Imágen
de María Soberana,
con la vocacion amable
y fiel de Desamparados,
pues de ellos es sacra Madre.
Apénas la discurriéron,
quando ansiosos los Cofrades
diestro Artífice buscaban,
á tiempo que en sus afanes
tres Peregrinos Mancebos
ofreciéron delinearles
una Eficie tan perfecta,
que al natural semejante
violento en ella lo mudo
el juicio humano admirase.
Permítaseme aquí hacer
un discurso bien notable
en el número de ser
tres los que esta hermosa Imágen
han de fabricar, y uno
de todos tres el dictámen;
pues si en la mente de Dios
(sacro Artífice elegante)
para darle perfecciones,
darle luces Celestiales
al diseño de María,
al elegirla por Madre,
concurren las Tres Personas
distintas é inseparables,
siendo Uno en poder, esencia
y deidad siempre inefable;
fuerza es, que para copiar
del original la Imágen
(si segun sus perfecciones
la han de sacar semejante)
tres los Artífices sean,
y una la mente admirable,
y que sean::- Mas no quiero
que esté el juicio vacilante
en si eran Angeles, pues
Espíritus Celestiales
eran los tres Peregrinos,
como probaré adelante.
Señaláron corto tiempo
para fabricar tan grande,
sin ponerla precio (pero
quién pudo al Cielo apreciarle!)
uno y otro en los devotos
bastó á que desconfiasen
de los Artífices, viendo
que no cabia en el arte.
Mas encerrándose ellos
en un taller, donde nadie
los viese, ya prevenidos
de preciosos materiales,
á labrar la Efigie empiezan,
sin que el oido escuchase
de escoplo, gubia ó formon
ruido ó golpe al desbastarle
al rudo imperfecto tronco
la materia indelineable:
mas qué mucho, si fué el Templo
de Salomon, como saben,
símil de María, y esta
es de Dios Templo agradable,
y en aquel no se oyó ruido
de hierro que le labrase;
porque en él simbolizada
la fiel pureza inefable
esté de María, que
(si en su original no es dable
yerro alguno) no se escuche

rui-

ruido de hierro en su Imágen.
Llegó el término aplazado,
á que fuéron los Cofrades
á ver la Efigie, bien que
desconfiados, como ántes
ya dixe; y entre el concurso
(movida de impulso grande)
fué á adorar la Imágen una
muger sin vista (notable
caso!) y al llegar ansiosos,
por sí las puertas se abren,
desapareciendo á un tiempo
entre sus mismos celages
los tres sacros Peregrinos
ó divinos Oficiales.
Cobrados de aquel asombro,
la vista á la Efigie esparcen;
mas deslumbrados la pierden
á sus luces Celestiales,
cobrándola de repente
la ciega: aquí el admirable
portento está, mas la causa
no puede dudarla nadie;
pues el que con fe á María
llega á adorar, es constante,
que cobra vista; y el que
sin fe desconfia, fácil
de hallar proteccion en ella,
encuentra sus ceguedades.
Pero volviendo á cobrarla
con auxîlios eficaces,
viéron en su sacro rostro
una hermosura tan grande,
que ni la naturaleza
pudo, ni el mas diestro arte
darla aquellas perfecciones,
sino el mismo Dios, que amante
de María, la copió
con su ciencia incomparable,
alzándose por Divino
Artífice de esta Imágen.
De estatura natural
su ayroso cuerpo es de casi
siete pies, para que en ella
lo milagroso abultase.
En el brazo izquierdo tiene
á su tierno hermoso Infante,
á quien cariñosamente
está mirando agradable;
y una Azucena en la mano
derecha (ya se hizo fácil
de descifrar el emblema
de que Valencia anhelase
á poseer una flor,
que á todas se descollase)
y no sin misterio; pues
si el instituto inviolable
de la Cofradía fué
dar sepulcro á los que hallare
muertos, en la Imágen vemos
que de índice fragrante
sirve la Azucena; pues
si hay difunto, dando ántes
tres golpes con ella avisa,
y moviéndola á la parte
donde está el cadáver, va
la Cofradía á buscarle.
Que labró su hermosa Efigie
sacro Artífice es probable;
pues copiarla no ha podido
el pincel mas elegante,
como es ella: pero al Sol
quién pudo la Luna copiarle?
Y mas quando milagrosa
se ha observado, que el semblante
muda, segun los sucesos,
ó ya triste ó ya agradable,
y con mas prodigio; pues
en quantas adversidades
ha padecido la Iglesia
ó sus Christianos atlantes,
la han visto llorar (ó inmensa
piedad de amorosa Madre!)
En fin, tantos los milagros
son y maravillas grandes
que ha obrado, que si Cronista
ó Aritmético, ese padre
de las luces, reducirlos
quisiera á guarismo fácil,
fueran cortos caractéres
lo inmenso de sus celages.
Aqueste es pues el orígen
de esta Azucena brillante,
de aquesta cándida Perla,
de esta Peregrina Imágen,
de este Lucero Divino,
de este Tesoro apreciable,
de aqueste Sol milagroso,

de aqueste mar de piedades,
que es de los Desamparados
refugio, consuelo y Madre.

Alex. La admiracion me han llevado
las noticias puntuales
del orígen de esta Aurora.

Gazap. Doña Leonor, señor, sale
de la Iglesia. *Perd.* Tu cuidado
llega ya á este sitio. *Alex.* Darle
ni aun con los ojos intento *ap.*
indicio alguno á Don Jayme,
que es Leonor á quien adoro.

Jayme. Sabré mi afecto ocultarle: *ap.*
mas Doña Isabel de Luna
viene con ella. *Alex.* Ya se hace
mi amor ménos sospechoso, *ap.*
pues acompañada sale
Doña Leonor.

Salen Doña Leonor, Doña Isabel, Celia é Ines con mantos.

Leon. Isabel,
no hallo voces con que darte
las gracias de que por ti
hayan podido en tu padre
tener alivio mis penas.

Isab. Aunque de mí las recates,
agradezco á mi fortuna
en haber tenido parte
en que algun alivio encuentres:
mas si son penas amantes,
de mí fiarlas debias,
pues de mi amistad bien sabes,
que amo á tu primo Don Cárlos.

Leon. Ya te he dicho, que fiarte
no puedo ahora mi pecho;
presto ofrezco declararme
contigo. Qué mal hiciera, *ap.*
si por no fiar de nadie
mi pasion, he discurrido
el mas raro, el mas notable
medio, que en lances de amor
se ha visto representable,
para hablar sin nota alguna
aquesta noche á Don Jayme,
á quien (ya influencia sea
de astro predominante
al mio, ó pasion en mí)
me hallo inclinada á sus grandes
méritos ó á su modestia,
y el intento de llamarle,
es para darle permiso
de que le pida á mi padre
mi mano; y si es que sus ruegos
por pobre los despreciare,
dándole palabra yo
de esposa firme y constante,
hacerle cargo á Don Pedro
de Luna; pues él es parte
en los tratados de verle
para que á mi padre hable,
y siendo una vez mi esposo,
venza las dificultades.

Alex. Qué hermosa está!

Jayme. El mismo Cielo
pasó hermoso á sincoparse
en su belleza. *Leon.* Qué miro?
Don Alexandro y Don Jayme?
qué sobresalto! *Isab.* Leonor,
no vamos? *Leon.* Pasa adelante
sin atender, pues parece
que estos hombres retratarte
ó retratarme pretenden.

Isab. Déxalos mirar, pues sabes
se quedarán con la vista,
si de vernos no cesaren.

Leon. Sí dexara aquel que estimo,
si el otro no me causase
sustos siempre que le veo. *Vanse.*

Celia. Que no me entienda el vergante
de Gazapo! *Gazap.* Vive el Cielo,
que señas Celia me hace
con un papel; sin ser visto
he de procurar tomarle.

Ines. Qué mira? *Gazap.* Si este trae cola.

Ines. Qué vulgar! falda la llame.

Gazap. Logrélo. *Toma el papel.*

Celia. Dásele al puto,
que importa; y á mí vengarme
de una ama, que no admitiendo
ningun empleo, los gages
de tercera estoy perdiendo. *Vanse.*

Jayme. Qué hermosas son!

Alex. Apurarle *ap.*
intento su afecto: quál
mejor os parece? *Jayme.* Iguales
son en la hermosura, y fuera
de poco urbano preciarme,
si por lisonjear mi gusto,

á

á una por otra agraviase.
Y vos qué sentis? *Alex.* Lo mismo:
salióme el discurso en valde, *ap.*
ó son vanos mis rezelos.
Gazap. Advierte que hay papel.
Alex. Dadme
licencia, que es tarde y tengo
que hacer: á Dios. *Jayme.* Apartarme
de vos no es bien, miéntras no
quede fenecido el lance
de Don Cárlos. *Alex.* Mi palabra
aquí os doy de no buscarle,
en tanto que discurrimos,
si debo desafiarle
ó hacer casual el duelo.
Jayme. Pues en fe de eso, á la tarde
os buscaré. *Alex.* De aquí á una hora
podréis verme. *Vase.*
Jayme. El Cielo os guarde.
Gazap. Vámonos los dos, que en casa
de la Tiñosa ya hay naypes.
Perd. Ya entiendo. *Vanse.*
Jayme. Si va á seguirlas?
pero no, por otra parte
el paso destina.
Sale Don Pedro.
Pedro. El es,
y ha sido dicha encontrarle.
Señor Don Jayme? *Jayme.* Señor
Don Pedro, pues qué mandarme
quereis? Del duelo querrá *ap.*
que le informe. *Pedro.* Que lo extrañe
vuestro discurso me admira.
Jayme. Que ahora viniera á estorbarme!
Pedro. Yo, Don Jayme, sé muy bien
qué son pasiones amantes,
que tambien he sido mozo,
y así de nada admirarme
debo, con que en fe de aquesto
mis canas no os embaracen.
Yo he sabido de una Dama
de ilustres prendas y sangre,
que en su casa entrais de noche
á hablarla con el carácter
de ser su esposo, y::- *Jayme.* Tened,
no paseis mas adelante:
yo no tengo Dama alguna
de prendas tan estimables,
á quien la haya merecido,
que entre en su casa, ni á nadie
palabra he dado de esposo.
Pedro. Ea, señor, que negarme
lo que ella misma asegura,
es no fiar de mí. *Jayme.* Hay lance *ap.*
tan extraño! En lo que he dicho
vuelvo ahora á ratificarme.
Pedro. Pues cómo ocultar podréis
(ya es fuerza que me declare,
pues vos lo excusais hacer)
que es á quien amais constante
Doña Leonor Rocafull,
y que los dos inviolable
palabra y mano, á fin de
conseguir los esponsales,
muchos dias ha que os disteis,
porque en casto nudo enlace
vuestras almas el amor?
Ja. Qué es lo que escucho! aquí hay grave
secreto, que en mi fortuna *ap.*
darle crédito no es fácil.
Ella lo dice? *Pedro.* Sí, ella.
Jayme. Afirmar ya es importante *ap.*
lo que Leonor dice; pues
ó es milagro de amor grande,
ó mi rendimiento ella
intenta premiar amante.
Pedro. Qué respondeis?
Jayme. Que hasta aquí,
por lo que debo á mi sangre
y al crédito de una Dama,
debí el secreto guardarte;
mas ya digo que la adoro,
sin que mis deseos pasen
de la línea de decentes,
en tanto que á enlazar pasen
nuestros cuellos. *Pedro.* La atencion
corresponde á vuestra sangre.
Jayme. Y pues ya me he declarado;
sepa yo con qué dictámen
se ha declarado con vos
Doña Leonor.
Pedro. Con bien grande,
pues os importa la vida.
Jayme. Otra confusion! Sacadme
de este cuidado. *Pedro.* Sabed,
que ya ha sabido su padre
el que por la puerta falsa,
que á una calle angosta cae,

y á un Jardin, que paso da
á una galería, amante
entrais á hablarla; ofendido
con sus deudos y parciales
os espera aquesta noche
airado para vengarse:
y así Leonor os avisa,
que para que no se pase
á perder su honor del todo,
y vuestra vida se salve,
de la entrada no os valgais,
y ni aun paseis por la calle.
Jayme. No sé si á creer me atreva *ap.*
felicidad tan notable;
pues esto avisarme es,
que entre por la misma parte
á hablarla; disimular
conviene y asegurarle.
Palabra os doy de no ir
á verla. *Pedro.* Aqueso es bastante.
Jayme. Pero vos, señor Don Pedro,
no acreditais por constante,
que Leonor dice me ha dado
mano y palabra inviolable
de ser mi esposa, y que yo
se la he dado de casarme
con ella, la qual en vos
ratifico? *Pedro.* No es dudable.
Jayme. Pues empeño se hizo vuestro.
Pedr. Tened, que á hombres de mi sangre
no se les debe advertir,
qué les toca hacer en lances
donde el honor de una Dama
de por medio está: á su padre
le hablaré yo, y vuestras bodas
haré que no se dilaten:
á Dios. *Jayme.* Permitid, que á vuestras
plantas rendido::- *Pedro.* Don Jayme,
no me agradezcais lo que
debo hacer. *Vase.*
Jayme. El Cielo os guarde.
Si será cierta mi dicha?
mas ser mia y ser tan grande
lo desmiente el cruel destino
de mis infelicidades:
pero apurarlo podrán
presto mis ansias amantes.
Sol, el veloz curso abrevia,
dexa que la noche baxe,
pues en tu muerte mi amor
seguro Fénix renace. *Vase.*
Cúbrese la portada de la Capilla, y salen Doña Leonor y Celia con luces.
Celia. Qué tienes, señora? *Leon.* Estoy
con increible cuidado
de ver quan sobresaltado
ha estado mi padre hoy;
y temo no haya sabido
lo que en la Iglesia pasó
con Don Cárlos. *Celia.* El obró
mas zeloso, que advertido,
que en Don Alexandro es cierto,
que fué una casualidad
aquella temeridad,
no osadía. *Leon.* Ya lo advierto,
que casual lance fué,
y hacer Cárlos no debia
duelo, quando la osadía
tan castigada dexé
de ese hombre, á quien aborrezco
con tan notable adversion,
que en viéndole, el corazon
se me asusta. *Celia.* Yo te ofrezco
se te quite esa manía
con un medio universal
y aprobado. *Leon.* Dime qual.
Celia. Con hablarle cada dia.
Leon. Mas de Alexandro en tu vida
me hables. *Celia.* Qual está mi ama!
si ella supiera la trama *ap.*
que esta noche tengo urdida!
A hablarla ha de entrar rendido
Alexandro, quiera ó no,
que es razon que cumpla yo,
pues él en oro ha cumplido.
Y es mi codicia inhumana
tal, que á Cárlos entretengo
tambien, y ofrecido tengo
la hable por una ventana.
Leon. Mi padre tarda. *Celia.* Ya son
las diez dadas. *Leon* No quisiera
el que Don Jayme viniera:
solo aquesta prevencion
de la hora me faltó hacer
á Don Pedro: si me habrá
Don Jayme entendido? *Celia.* Ya
oigo á mi señor toser.
Sale Don Juan. Hija? *Leon.* Señor?

Juan. Vete, Celia,
allá fuera. *Celia.* Voyme.
Juan. Aguarda:
cierra esa puerta primero.
Celia. Presto la haré yo cerrada. *Vase.*
Leon. Señor, qué tienes? *Juan.* Honor.
Leon. Pues tener honor es causa
para el menor sobresalto?
Juan. Sí; pues quien tiene una alhaja
de estimacion, siempre vive
con temor de aventurarla.
Leon. No te entiendo.
Juan. Yo á entender
me daré: yo sé que causa
fuiste de un duelo, que hicieron
en la Iglesia esta mañana
Don Alexandro Torrellas
y Don Cárlos de Moncada.
Leon. Ten, señor, que no es lo mismo,
que la altivez temeraria
de mi primo hiciese duelo,
que yo lo motive. *Juan.* Basta,
que quien descargos previene,
supone que está culpada;
mas para evitar peligros,
ya yo te tengo casada.
Leon. Casada? *Juan.* Sí: qué te asusta?
Leon. Sin mi eleccion? *Juan.* Acertada
sé que es: atiende, Leonor.
Yo á mi cargo esta mañana
tomé ajustar el empeño
de ambos, porque no pasara
de uno ú de otro el enojo
á alguna fatal desgracia.
A Cárlos hablé primero,
y entre sus razones varias
me dió á entender el motivo,
con que á mis cuerdas instancias
afiancé sus amistades
con mano, con fe y palabra.
Despues á Don Alexandro
fuí á hablar, y con cortesanas
demostraciones, no solo
me agradeció la alianza
de amistad, pero rendido
á mis pies (como pensaba
el caso sucedió) oye,
me pidió con tiernas ansias
le concediese tu mano,
cuya pretension tratada
la tenia con mis deudos,
á cuya atencion hidalga
no tuve que responder
mas, que le daba palabra
de que suya serias, como
tú la eleccion aceptaras:
que no intento violentar
tu alvedrío, ni me valga
la autoridad de ser padre,
para hacer, Leonor, esclava
tu voluntad, quando el Cielo
tan libre la tiene dada.
Don Alexandro es tan noble,
que en la calidad te iguala,
afable, rico, galan,
atento, y::- *Leon.* Señor, aguarda;
que pues tu mucha prudencia
me anima, de la ya dada
sentencia de muerte, apele
al tribunal de tu gracia.
Digo, que á Don Alexandro
le aborrezco con tan rara
adversion ó antipatía,
por no sé qué oculta causa,
que en viéndole, el corazon
se me asusta ó sobresalta,
la sangre del rostro huye:
mas sangre dixe? (qué ansia!)
todo el cuerpo desfallece,
todo me asusta y me pasma.
Juan. Hija Leonor, qué es aquesto?
alienta, anima, descansa,
alivia con el cristal
del llanto aquesa inhumana
fatiga del corazon,
que yo violentarte en nada
intento. *Leon.* Ay de mí! señor,
ya me hallo recuperada
de esta pasion que en mí tiene
imperio. *Juan.* Pues ya te hallas
restituida á tu ser,
á mi fama y á tu fama
(pues el duelo de hoy es fuerza
que tan público se haga)
importa, que á uno de los dos
des la mano; tú lo traza
allá con tu cuerdo juicio,
que no es violencia tirana

en

en mí, si hay causa precisa
que te obligue á que acertada
eleccion hagas de Cárlos,
ú de Alexandro la hagas. *Vase.*
Leon. Primero daré á los filos
de un cuchillo la garganta,
que á uno de los dos elija.
Con vos, Vírgen Soberana
de Desamparados tengo
puesta mi fiel esperanza:
en la eleccion de mi mano
bien sabeis con quantas ansias
os he pedido el acierto:
y que mi pasion, guiada
del cortes honesto amor
de Don Jayme fué la causa
de elegirle por mas digno,
sin que á los faustos mirara.
Si habrá venido? pues ya
sin que nadie lo notara
la puerta he dexado abierta,
quiero mirar si en la sala
está, donde le avisé.
Vase con la luz, y sale Don Jayme.
Jayme. Aunque mi desconfianza
me trae rezeloso, estoy
ya de Leonor en la casa;
mas la galería es
que me previno. *Sale Doña Leonor.*
Leon. A la escasa
luz que la noche dispensa,
diviso un bulto. *Jayme.* De tardas
huellas siento ruido. *Leon.* Quiero
acercarme. *Jayme.* Dicha extraña!
sin duda es ella. *Leon.* Don Jayme:
sois vos?
Jayme. Soy quien á las plantas
vuestras, divina Leonor,
amante y rendido paga
finezas que no merece.
Leon. Esa humildad os ensalza
á la cumbre de esta dicha,
si es dicha para quien ama
hallar quien pague finezas
de honesto amor tan hidalgas:
de la tierra alzad, Don Jayme:
yo os he llamado, obligada
á vuestro decente afecto,
á daros mano y palabra
de ser vuestra, en fe de que
recíprocos en ambos se haga
este contrato. *Jayme.* No solo
os la doy con fe postrada;
pero de ser vuestro esclavo
la doy. *Leon.* Pues en confianza
de eso á Don Pedro de Luna
hablé, para que tratara
con mi padre nuestras bodas,
pues aunque la hacienda os falta,
para vivir con decencia
con mi mayorazgo basta,
y con una fe::- Mas ruido
he sentido en otra sala:
esperadme aquí. *Vase.*
Jayme. Fortuna,
por quánto me embarazaras
la dicha de que su mano
lograse!
Sale Celia, que trae de la mano á Don Alexandro.
Celia. Mueve las plantas
de suerte, que ni aun la tierra
reconozca las estampas.
Alex. Ya lo hago.
Celia. Aquí ha de estar pues:
yo ví á Leonor que pasaba
de esta galería, donde
á gozar de la fragrancia
baxa del Jardin. *Alex.* Amor, *ap.*
mi osadía ayuda. *Celia.* Aguarda,
que aquí está.
Alex. Qué es lo que dices?
Celia. Que la vista no me engaña,
que un bulto diviso: llega,
mas cúmpleme la palabra
en no decirla que yo::-
Alex. No temas, Celia.
Celia. La hilaza *ap.*
no va mala de esta tela:
ahora que se vea falta
como con Don Cárlos cumplo,
que me espera en la ventana:
mas yo jugaré una pieza
de modo, que algo me valga. *Vase.*
Alex. Cobarde llego, por mas
que me anime la esperanza,
que me dió su padre. *Jayme.* Quién
va? *Encuéntranse.*

Alex. Notable es mi desgracia!
con un hombre encontré. *Jayme.* No
responde? *Alex.* Ya con la espada
respondo. *Jayme.* Quien solo libra
á las voces de las armas
la satisfaccion no debe
de ser dueño de esta casa,
como tampoco lo soy:
y puesto que en ella hay Dama
á quien festejar podemos,
y el uno al otro se agravia,
no se aventure su honor
al rumor de las espadas.
Alex. Decis bien; mas qué intentais?
Jayme. Yo sé por donde se salga
á la calle. *Alex.* Pues guiad,
que ya sigo vuestras plantas.

Entran y salen, á cuyo tiempo se verá un Jardin y una fuente en medio, y á un lado una reja.

Jayme. Ya en la calle estamos. *Alex.* Pues
es la ofensa declarada
en qualquiera de los dos,
pues yo os encuentro en la casa
de una Dama á quien festejo,
y en ella tambien me halla
quien con permiso ó sin él
dentro de su casa estaba:
el duelo de cada uno
remitamos á las armas,
pues conocido está. *Jayme.* Eso
elijo, y mi ardiente saña
sabrá ofendido mataros.
Alex. Lo mismo haré. *Riñen.*
Jayme. Gran pujanza.
Alex. Valor tiene: no reñis?
Jayme. Se desguarneció mi espada:
mas donde hay daga::- *Alex.* Tened,
que los nobles con ventaja
no se satisfacen nunca,
y así::- *Jayme.* Accion tan bizarra
agradecérosla debo
con la vida y con el alma.
Alex. Mas si no miente el oido::-
Jayme. Mas si la voz no me engaña::-
Alex. Sospecho que yo os conozco.
Jayme. Que os conozco es cosa llana.
Alex. Don Jayme?
Jayme. Don Alexandro?
Hay tal notable desgracia!
perdí á Leonor. *ap.*
Alex. Ya mi afecto *ap.*
tuvo fin. *Jayme.* Es tan extraña
novedad, que dos amigos,
y tan amigos del alma,
sin saber el uno del otro
amen á una propia Dama,
que no lo supe. *Alex.* Ni yo.
Jaym. Fuerza es que algun medio haya.
Alex. No le alcanzo. *Jayme.* Pues yo sí,
sabiendo en qué estado se halla
nuestra pretension. *Alex.* Yo tengo
de su padre la palabra
de que Leonor sea mia:
y vos? *Jayme.* Decir fuera infamia, *ap.*
que la palabra y la mano
de ser mi esposa me daba,
quando la mayor fineza
intenté hacer, que en las aras
de la amistad consagró
el afecto. Yo esperanza
solo tengo de que pague
Leonor mis amantes ansias.
Alex. En mejor estado estais.
Jayme. Lo estoy y no lo estoy: falta
saber quien dentro os metió
en su casa. *Alex.* Una criada:
y á vos? *Jayme.* Un feliz lance,
sin ser Leonor primer causa.
Alex. Pues qué intentais?
Jayme. Que se vea
en mí la amistad mas rara.
Yo, Don Alexandro, os debo
en mis fortunas escasas,
desde que el pleyto perdí,
asistencias continuadas,
con que he podido pasar
con una decencia honrada.
La vida tambien os debo
aquí, puesto que sin armas
darme la muerte pudisteis,
pues una y otra bizarra
atencion he de pagaros
con solo una accion hidalga;
la qual es, que desde luego
os doy la mano y palabra
de dexar la pretension,
aunque á costa de mis ansias,

de

de amar á Leonor: y porque
ni aun la sombra mia os haga
oposicion, de Valencia
partir intento mañana.
Alex. En haberlo ántes propuesto
me podeis hacer ventaja,
no en la amistad mia; pues
si me cedeis la esperanza,
que teneis de que sea vuestra
Doña Leonor, la palabra,
que de su padre he tenido,
no solo cedo, mas quanta
hacienda en Valencia tengo
os cedo, que á mí me basta
la que poseo en Castilla,
de un deudo mio heredada.
Y si por no hacerme sombra
ausentaros intentabais,
yo me he de ausentar tan presto,
que apénas mañana el Alba
sacudirá de la noche
los esperezos de nacar,
quando me parta á Galicia
á cumplir con fe postrada
un voto, que hice á Santirgo
en una tormenta. *Jayme.* Rara
fineza! *Alex.* A Dios. *Jayme.* Esperad,
que cederme, amigo, basta
á Leonor. *Alex.* No basta; pues
si con hacienda no os halla
su padre, os la ha de negar.
Jaym. Dexad que me eche á esas plantas.
Alex. Por la donacion que os hago
iréis mañana á mi casa,
que yo allí la dexaré
firmada, aunque fuera salga;
y tomad mi espada, que
yo llevaré vuestra espada:
á Dios. *Jaym.* Tened. *Alex.* Excusaros
quiero que me deis las gracias. *Vase.*
Jayme. Noble extremo de amistad!
que á Leonor á avisar vaya
de esto es fuerza, pues aun
puede ser que no se haya
vuelto á su quarto. Mas, Cielos,
la puerta encuentro cerrada!
por quanto mi infeliz suerte
esta dicha me excusara:
qué haré?

Sale Leonor á la reja.

Leon. No habiendo encontrado
á Don Jayme, á esta ventana
vengo á ver si es que á la calle
salió, y en ella (qué rabia!)
hallé á Celia.

Sale Don Cárlos.

Carl. Del Jardin
abierta está (dicha rara!)
la ventana; yo me acerco,
que hay gente. *Leon.* Sino me engaña
el deseo, este es Don Jayme:
sois vos?
Carl. Qué oigo! albricias, alma,
que esta es la voz de mi prima:
yo soy, Leonor. *Jaym.* Quando estaba
discurriendo qué haria, veo
un hombre allí á una ventana
hablando: acercarme quiero.
Leon. Pues la mano y la palabra
de que seré vuestra os doy.
Jayme. Hay traicion mas declarada!
esta es la voz de Leonor.
Carl. En dicha tan impensada,
para el agradecimiento
aun voces, Leonor, me faltan;
mas vuestra mano confirme
lo que el afecto declara.
Jaym. No es facil, q̃ hay quien lo estorbe,
dándoos la muerte. *Carl.* Mi espada
castigará vuestro arrojo. *Riñen.*
Leon. Hay suerte mas desgraciada!
Carl. Qué se resista á mis iras!
Jayme. Qué se defienda á mi saña!
Carl. Muerto soy. *Leon.* Otra desdicha!
Jayme. La muerte, mas que mi espada,
mis zelos pudieron darle:
ya, traidora, aleve, falsa,
pues en ti vengar no pude
tu alevosía y mis ansias,
las he vengado en tu amante.
Para esto me llamabas
á tu casa, y cariñosa
mano y palabra me dabas
de ser mia, quando á otro
se la ofrecias, ingrata?
Mas pues en tan corto tiempo
he visto traiciones tantas
en ti, de ti huiré tan presto,
que

que desplegando las alas
del dolor para mi fuga,
rayo de tu vista parta,
donde jamas de mí sepas,
ni yo sepa de una ingrata.

Leon. Don Jayme, señor, esposo,
mira que un engaño es causa
de mi desgracia y tus zelos,
pues creí contigo hablaba,
no con otro.

Jayme. Otra traicion!

Leon. Mira::-

Jayme. No he de oirte palabra:
quédate, mudable, fiera::-

Leon. En vos, Aurora sagrada,
Madre de Desamparados,
puse toda mi esperanza;
y pues culpada no soy,
vos volveréis por mi causa,
si ántes el dolor que sufro,
con el llanto no me acaba.
Piedad, Estrellas, piedad,
templanza, Cielos, templanza. *Vase.*

Jayme. Adónde, adverso destino,
ir podré, que no me añada
pena á pena, angustia á angustia,
mal á mal y rabia á rabia?
pues en la infeliz carrera
de mi impia suerte avara,
las desdichas se eslabonan,
y encadenan las desgracias;
mas pues zeloso homicida,
y engañado amante alcanza
de una ingrata y de un traidor
mi amor y valor venganza,
qué mas quiero? Justos Cielos,
vuestro sacro amparo valga
á este pecho abandanado,
que va corriendo borrasca
entre Caribdis y Escila,
adonde náufrago aguarda
el discurso fallecer,
que dando al traves con ansias
de infortunios, de pesares
y sentimientos, ya acaba
mi débil mísero aliento;
pues con muerte me amenazan
fortuna y amor, que son
los que mi vida contrastan.

JORNADA SEGUNDA.

Mutacion de selva y montes, y salen Don Alexandro y Gazapo de Pregrinos.

Alex. De este risco eminente
la altura penetremos.

Gazap. Qué haya gente
que habite en esta tierra
toda collados, riscos, toda sierra,
y en un infernal puerto,
que el cavanal le llaman, en que advierto,
que afirman con razon, segun se indicia,
que á la cola del mundo está Galicia;
y no son vanos, no, sus fundamientos,
pues es tierra que truena á todos vientos.

Alex. No digas mal del Reyno en q̃ se ésalza
desnuda la verdad.

Gazap. Di, y aun descalza,
pues aquí trae la gente de mas tratos
colgados de la cinta los zapatos.

Alex. Esta aspereza sirve al Peregrino
en su adusto camino
de mérito mayor, pues con fe pia
en el afan de aquesta romería
el premio mismo está.

Gazap. No te lo niego;
mas yo que no he hecho voto ni reniego,
ni tampoco lo hiciera
por enviudar, quando casado fuera,
no es un gran desatino,
que no venga siquiera en un pollino,
sino á pie, como tú, y esto pidiendo
limosna por los Pueblos q̃ hay, trayendo
muy gentiles doblones,
de que vienen colchados tus calzones?

Alex. El voto le hice así.

Gazap. Buena chacota:
qué voto ni qué bota!
á traer prevenida esta gran traza
de zumaque, señor, la calabaza.
Qué mal aquel Filósofo decia,
que en la naturaleza nada habia
vacío, y de portante
lo está mi calabaza cada instante.

Alex. Cómo no lo ha de estar, si el q̃ traemos
tú te lo bebes? *Gaz.* Qué? todos bebemos,
pues en nuestras jornadas

en-

entrambos caminamos con paradas.
Alex. Qué hará Don Jayme ahora?
Gazap. Por mi vida,
que la pregunta es bùena y advertida:
si donacion le hiciste de tu hacienda,
en qué quieres que entienda?
en mantenerse ufano sin bambolla
en su Leonor, su Misa y doña olla.
Alex. Recompensa fué en mí, no bizarría,
á la amistad y fe que le debia.
Gazap. Doyte eso de barato;
mas presto al beneficio te fué ingrato.
Alex. En qué lo fué Don Jayme?
Gazap. En que no vino
ni aun de ti á despedirse.
Alex. Yo imagino,
que en tan preciso caso
le sucedió sin duda algun fracaso,
de que estoy con rezelo.
Dent. Jayme. Don Alexandro amigo.
Gazap. Vive el Cielo,
que por tu nombre mismo te han llamado.
Quién en aqueste risco enmarañado
de tanta peña, quando á nadie veo,
tu nombre pronunció? si es devaneo
del sentido.
Dent. Jayme. Alexandro amigo, espera.
Alex. Ya esta no es ilusion.
Gazap. Mas que lo fuera.
Alex. De quién será esta voz?
Gazap. Ya se enarbola
aquí el pelo: del ánima mas sola,
que anda en este desierto.
Alex. De hombre viviente es.
Gazap. No es sino muerto:
porque á esta ánima en pena
solo el ruido le falta y la cadena,
que en caso semejante
de voz de la otra vida es consonante.
Alex. Yo he de ir á ver quien es.
Gazap. Hombre malvado,
ahora quieres hablar con un finado!
Alex. Sea quien fuere. *Entran y salen.*
Gazap. Antes te santigua,
y advierte que en Galicia hay estantigua.
Alex. Yo he de ver quien me llama;
mas ya la vista penetra,
que desmontando de un bruto,
que arredrado á un árbol dexa,
un hombre, intentando á pie
vencer mejor la aspereza
de aqueste elevado risco,
hácia nosotros se acerca.
Jayme. Alexandro, aguarda. *Gaz.* Ya
otra vez te Alexandrea;
pero ya llega. *Alex.* Qué miro!
si es ilusion de la idea!
Don Jayme? *Sale Don Jayme.*
Jayme. Amigo Alexandro?
Alex. Qué novedad es aquesta?
Gazap. Si vendrá á que ratifiques
la donacion de la hacienda?
Alex. No hablais?
Jayme. Permitidme ántes
que vuestros brazos merezca,
para que mi desaliento
cobre en ellos nuevas fuerzas.
Alex Sentis algun mal? *Jayme.* Sí siento:
tres dias ha que me molesta
un grave accidente, y es
de mi amistad verdadera
tal el afecto de veros,
que de mi mal la violencia
no fué bastante á dexar
de seguiros. *Alex.* Si la pena
de vuestro mal halla alivio
en mis brazos, ellos sean
quien califiquen, que daros
la vida en ellos quisiera.
Jayme. Nuevo ser y nuevo aliento
cobro en union tan estrecha.
Alex. Decidme ahora el caso
de seguirme. *Jayme.* Ya se esfuerza
todo el desaliento mio.
O, quién encontrar pudiera
inmensas explicaciones
para desdichas inmensas!
pero bastante es decir,
que apénas (bien digo apénas)
os apartasteis de mí,
amigo Alexandro, aquella
noche, en que demostracion
hicisteis de la mas nueva
fineza, que caber puede
en la amistad mas estrecha,
que por no ofender lo noble
de vuestra heroyca modestia,
basta que yo lo confiese,
sin

sin que á vos os la refiera;
quando á dar aviso fuí
á aquella enemiga, á aquella
engañosa Circe aleve
de vuestra hidalga fineza,
y hallé, que para un engaño
cerrado habia la puerta
de adonde salimos, y ántes
yo habia entrado en tan deshecha
fortuna. Confuso estuve
(qué ansia!) quando á una reja
del Jardin hablando á un hombre
hallé. El rezelo me acerca,
y oigo, que con quien hablaba
mi falsa enemiga era.
Al proseguir, en el pecho
ya se encienden, ya se yelan
las voces; pero qué mucho,
si la propiedad del etna
tiene una pasion zelosa,
pues con la nieve que ostenta
por cimera de su cumbre,
está ocultando la hoguera
que arde voraz en el pecho,
sin dar de llama la seña,
ni dar del ardor indicio,
que causa una aleve ofensa,
y ofensa tan grande, como
ver que mi enemiga mesma
la mano iba á dar de esposa
á otro á mis ojos (qué pena!)
Arrojéme á embarazarlo
con intrepidez tan fiera,
como suele de preñada
horrorosa nube negra
desprenderse el rayo; así
le acometí de manera,
que entre medir las espadas,
y ocupar débil la tierra
mi contrario, casi no hubo
tiempo para que pudiera
articular muerto soy
entre sus congojas fieras.
Rindió su vida el traidor;
pero si mi acero era
congelado ardiente rayo,
fuerza es no se distinguiera
entre el estrago y estruendo
distancia en su muerte mesma.
Muerto mi contrario, al punto
pasé á insinuarle mis quejas
á mi mudable, tirana,
enemiga, aleve, fiera,
la qual con tiernos halagos
intentó satisfacerlas
con nuevas traiciones; pero
huyendo de su halagüeña
voz, me despedí ofendido,
con pretexto de no verla
en mi vida ni de oirla,
y de borrar de mi ciega
pasion el ídolo falso
que adoráron mis potencias.
Mi intento pues fué seguiros,
partiendo la Aurora mesma
en un veloz bruto; pero
que dude qualquiera es fuerza
cómo viniendo á caballo,
y á pie vos, con diferencias
de unas jornadas tan largas
como hay desde Valencia
á Santiago, y mas estando
de su Ciudad tan cerca,
nunca os encontré; mas á eso
respondo, que en la deshecha
tempestad de mi desdicha,
fué preciso que estuviera
fuera de Valencia oculto
algunos dias, pues miéntras
buscaban al delinqüente,
fué prevenida cautela
quedarme á vista de todos,
para poder de mas cerca
huir de camino el riesgo;
porque ninguno sospecha,
que se quede sin peligro
quien executa la ofensa.
Partí luego en vuestro alcance
en alas de mi fineza,
y hallando siempre noticias
de que os tenia muy cerca,
jamas pude dar con vos,
hasta que llegando á esta
elevada cumbre, que es
gigante altivo de piedra,
os encontráron mis ansias,
para que alivio hallar puedan
en vos mis zelosas iras,

mis sentimientos, mis penas,
y en aqueste amenazado
mal que mi vida molesta,
algun consuelo, bien que
esperanza tengo cierta
de mi total mejoria;
pues luego que mi dolencia
me asaltó, solemne voto
hice con fe verdadera
de visitar el glorioso
cuerpo de Santiago, y esta
promesa espero cumplir,
doblando la penitencia
de ser á pie el ir descalzo,
y de la propia manera,
para mover su piedad,
volver humilde á Valencia,
donde olvide mis pasiones,
donde á cederos yo vuelva
la donacion que me hicisteis,
y adonde siempre os merezca
mi amistad y rendimiento
otras heroycas finezas.

Alex. No sé como ponderaros
mi sentimiento en la pena
de ver que á dos accidentes
vuestro dolor se sujeta,
uno del mal que os agrava,
y otro de zelosas quejas;
pero cuidar de la vida
es la primer diligencia
de un Caballero Christiano,
porque el alma no se pierda;
que las humanas pasiones,
ó se alivian ó remedian
con el olvido y el tiempo.

Jayme. Mal olvidaré una ofensa
tan del alma. *Alex.* Cierto es
que fué ingratitud severa
en Leonor: pero en Leonor
imposible es que cupiera
tal traicion, pues su virtud,
su recato y su modestia
la están disculpando: mal
hicisteis en no atenderla,
porque la satisfaccion
podia ser de manera,
que hallaseis un desengaño
que os deslumbrase la ofensa;
que una zelosa pasion
de tal suerte á veces ciega,
que hace verdad el engaño.

Gazap. Muy bien hizo en no creerla,
pues las mas Leonores obran
lo mismo que las Lucrecias.

Alex. Ve tú á buscar el caballo
de Don Jayme, pues tan cerca
ha de estar.

Gazap. Voy al instante. *Vase.*

Alex. Como en él mejor se pueda
os llevarémos. *Jayme.* No sé,
Alexandro, si la adversa
infiel memoria (ay de mí!)
que la ingratitud me acuerda
de Leonor, es primer causa
de mi natural dolencia:
de un mortal trasudor todo
estoy cubierto. *Alex.* Qué pena!
en esa piedra os sentad,
por si hallais descanso, miéntras
algun remedio discurro,
que traer Gazapo pueda
con el caballo.

Dent. Gazap. Infiel bruto,
aguarda, que aunque las riendas
me dexas, no has de escaparte.

Jayme. Qué ruido es aqueste?

Dent. Gazap. Espera,
animal. *Alex.* Es que el caballo
se puso en fuga, é intenta
Gazapo alcanzarle. *Jayme.* Ya
por instantes mas se aumenta
mi accidente: ó cruel memoria,
quién borrarte ahora pudiera!

Alex. Olvidad eso, y del alma
solo cuidad. *Jayme.* En mí esta
pasion amante solo es
escrúpulo que me queda
si el crédito habré quitado
á Leonor sin culpa de ella.

Dent. canta Peregr. Alienta, alienta,
Pastorcillo, no llores tu pena,
alienta, alienta.

Jayme. Qué acorde voz su dulzura
el alma me lisonjea,
y aun su concepto parece
que habla con mis ansias mesmas?
quién le animará? *Alex.* A la escasa
luz

luz que el Sol al morir dexa,
veo venir un Peregrino
cantando por una senda.

Canta Peregr. Pastor incauto,
no amante temas,
dexa malicias,
busca inocencias;
borra memorias,
no guardes penas,
vigila y guarda
tus ovejuelas.

Alex. Ya hácia nosotros camina:
qué generosa presencia!

Jayme. Llamadle, que algun impulso
sobrenatural me alienta
á buscarle como alivio
entre mis mortales penas.

Sale el Peregrino.

Peregr. No es mucho si en ti adivina *ap.*
el alma con pura ciencia,
que la armonía en mí es
celestial música excelsa.
El Angel Custodio soy
de Leonor, y la suprema
Magestad de Dios, á ruegos
de su Madre y de mi Reyna,
me manda por el honor
de la que guardo aquí vuelva.

Alex. Noble Peregrino, en quien
dando están bastantes señas
la afabilidad del rostro,
que hay en ti caridad: llega
á ser consuelo de un triste,
que padece la dolencia
de un cruel accidente. *Peregr.* En qué
puedo ser su alivio en esa
mortal congoja? *Jayme.* No sé
en qué consolar me puedas,
y sin comprehenderlo el alma
como alivio te desea:
de qué Patria eres? *Peregr.* Mi Patria
distante es de aquí: en Valencia
asisto ahora, Ciudadano
de una muy preciosa hacienda.

Jayme. En Valencia asistes? *Peregr.* Sí;
mi habitacion tengo cerca
de Don Juan de Rocafull.

Alex. Qué es lo que escucho!

Jayme. Y qué dexas
de novedad en su casa?

Peregr. La novedad que hay en ella
es, que á Don Cárlos Moncada
Don Alexandro Torrellas
riñendo le dió una herida
tan mortal, que en contingencia
puso su vida, mas ya
ha convalecido de ella.

Jayme. Que le hirió Don Alexandro
dicen? *Peregr.* Sí; mas no concuerdan
con la verdad, pues fué otro
el que le hirió en la pendencia.

Jaym. Y quién fué? *Pereg.* Vos lo sabeis.

Jayme. Misteriosa es la respuesta.

Peregr. Con que el padre de Leonor
sabiendo que fué por ella
el disgusto, por soldar
su fama, casarla intenta
con Don Cárlos, por haber
Don Alexandro hecho ausencia
de la Ciudad. *Jayme.* Y ella quiere?

Peregr. No; porque dice resuelta,
que tiene esposo, á quien ya
dió palabra verdadera,
como lo sabe Don Pedro
de Luna muy bien. *Jayme.* Luego ella
no quiere á Don Cárlos. *Peregr.* No;
pues aunque le habló á una reja,
fué creyendo que el que hablaba
Don Jayme Cardona era.

Jayme. Dios te pague el desengaño:
algun Angel eres; llega
á mi pecho. *Peregr.* El parabien
me doy de que á ser yo venga
quien os dé aquestas noticias
si para vos son tan buenas;
y quedad en paz. *Alex.* Detente:
cómo tu piedad nos dexa
en esta afliccion? *Peregr.* Porque es
limitada la licencia
que me dió quien en mí manda:
fiad de Dios la asistencia,
que para un prodigio grande
tu piedad el Cielo prueba. *Vase.*

Jayme. Yo muero, Alexandro amigo;
y pues fallezco, que sea
permitidme en vuestros brazos.

Alex. Quién daros vida pudiera!
qué dolor! qué sentimiento!

Jayme.

Jay. Pues ya en Leonor no hay sospecha,
su mano solicitad,
pues sois acreedor á ella,
para que yo satisfaga
y el crédito cobre. *Alex.* Esa
palabra os ofrezco, en caso
que Dios disponga de vuestra
vida. *Jayme.* Ya su voluntad
se ha cumplido, en que á dar cuenta
vaya de mis culpas: solo
en las ansias que me cercan,
el dolor que mas me aflige,
es sin el consuelo muera
de no haber visitado el cuerpo
de Santiago: mas ya esta
fábrica humana se arruina,
ya llegó la hora postrera.
Jesus, Señor, en tus manos
mi espíritu se encomienda.
Cae en los brazos de Alexandro.
Alex. Ya ha espirado: qué dolor!
qué ansia! en tan grave pena,
qué haré? mas al Peregrino
volver á llamar intentan
mis voces: pero ya (ay triste!)
se desvaneció en su mesma
sombra ó luz. Cielos, qué haré
en turbacion como esta;
pues que siguiendo el caballo
sin duda perdió las señas
Gazapo de aqueste sitio?
Dexar en esta maleza
el cadáver de Don Jayme,
en tanto que diligencia
voy á hacer vengan por él,
de la mas cercana Aldea,
fuera rigor inhumano;
hacer quiero la fineza
de amistad mas grande: yo
le he de cumplir la promesa
que hizo á Santiago; pues vivo
no pudo, difunto intenta
mi fe ofrecerle á sus aras,
adonde con ansias tiernas,
y con lágrimas le ruegue
el que con Dios interceda
se restituya á la vida:
al afan la amistad venza;
en mis brazos llevaréle,
si basto á tanto: mas esta
piedad me han de embarazar
las denegridas tinieblas
de la noche, que parece
que mas obscura y funesta
por la muerte de Don Jayme
baxa á llorar las exêquias.
Qué he de hacer, Divinos Cielos,
quando no permite vea
donde mi cansado aliento
afirmar la planta pueda,
y en este monte he quedado
solo, sin norte y sin senda!
Ya el valor no fia el que
logre mi piadosa empresa.
Ay de mí infeliz! valedme,
altas divinas esferas,
que el corazon ya cobarde
de tal suerte el alma dexa,
que no siente en tal desdicha
si fallece ó titubea.
Abrese el peñasco, y se vén las dos Virtudes á lo Angélico con luces.
Cant. 1. Anima, Alexandro.
Cant. 2. Confia y espera.
Cant. 1. Consigas la dicha.
Cant. 2. De accion tan suprema.
Los 2. Que Dios soberano te alienta,
y el Cielo piadoso benigno te premia.
Alex. Mas qué es lo que advierto, dichas?
qué maravilla tan bella!
trocando el órden comun
de la gran naturaleza,
ya la noche se hizo dia,
segun claro ver se dexa.
Quién me presta tanta luz,
Cielos! *Los* 2. Tus virtudes mesmas.
Ang. 1. Yo que soy tu claridad
te comunico centellas
refulgentes en tal acto.
Ang. 2. Y yo rayos, con que puedas
ver y sufrir con valor,
pues que soy tu fortaleza.
Alex. Caso tan no natural
el discurso pasma y yela,
y mas conociendo en mí
alto espíritu, y mas fuerza
para lograr el piadoso
fin de mi intento; pues ea,

si este es portento del Cielo,
qué espero? en mis hombros venga
este funesto cadáver,
siendo á este Anquises Eneas.
Amigo amado del alma
(qué lástima! qué terneza!)
ven, que ya parto á cumplir
de nuestra amistad la deuda,
y á mí mismo yo me diga
por consuelo de alta pena
y consuelo de tal acto,
cuyos extremos concuerdan
las lágrimas de mis ojos
con mi accion y mi tristeza::-
El y Ang. 1. Anima, Alexandro.
El y Ang. 2. Confia y espera.
Ang. 1. Consigas la dicha.
Ang. 2. De accion tan suprema.
Los 3. Que Dios soberano te alienta,
y el Cielo piadoso benigno te premia.
Ocúltase la vision, y vase llevándose á Don Jayme en los brazos, y salen Perdigon vestido de rodrigon y Celia.
Perd. Celia, ya Don Juan me llama,
que al ver mi suerte infelice,
fué para comer lo que hice
buscar un ponte con ama.
Ya Don Juan de Rocafull
por criado me admitió,
pues Don Jayme me dexó,
mas la culpa tienes tú.
Celia. Yo por qué? *Perd.* Por ser yo fiel,
y siempre contigo hablar,
y tras tu carilla andar
como moscas á la miel.
Si supiera ella he dispuesto *ap.*
el haberme acomodado
á espía mas que criado
de Leonor; mas callo esto
para mi fin, quando yo
de Jayme, sin que se entienda,
manejo toda la hacienda,
que Alexandro le dexó,
y aun se la gasto. *Celia.* En qué gloria
suspendes tu necedad?
Perd. En que de mi voluntad
no se aparte tu memoria.
Celia. Conceptico? uso es añejo.
Perd. Pues nuevo ya no lo esperes,
porque si concepto quieres,
le tendrás que buscar viejo.
Celia. Ay, que á Isabel mi ama guia
aquí: vete, Perdigon.
Perd. Ya voy á mi comision. *Vase.*
Salen Leonor é Isabel.
Leon. Y tu padre, Isabel mia?
Isab. A hablar al Virey salió,
diciendo volvia presto,
pues ya sabia, Leonor,
que le querias hablar.
Leon. Mucho debo á su atencion,
lo que proponerle intento
(que ya le noticié yo
en la Iglesia, y el acaso
la conclusion me estorbó
de que á llamarle llegasen)
que pues sabe la razon
que tengo para no dar
la mano á Don Cárlos yo,
su autoridad interponga,
para que con cruel rigor
no solicite mi padre
(diciendo que á su opinion
importa) que yo me case
con mi primo, quando no
puedo hacerlo, y á poder
no hiciera de él eleccion
por saber que ha sido ingrato
contigo. *Al paño Perdigon.*
Perd. Por lo que estoy
oyendo, qué dixera mi amo?
Isab. Amiga, páguete Amor
esa fineza, que es cierto,
que aunque vencer mi pasion
quiero á vista de haber sido
mudable, falso y traidor
Don Cárlos á mis decentes
finezas amantes, no
sé qué sobrenatural
fuerza tiene superior
en mí aqueste afecto aleve,
que en mi pecho se hospedó,
que aunque estoy reconociendo,
que es contra mi estimacion
acordarme de un ingrato,
que á su nobleza faltó,
me le trae á la memoria
su misma aleve traicion.

Sa-

Sale Ines. Don Cárlos Moncada viene.
Leon. Qué dices, Ines? pues no
le dexes entrar. *Ines.* No es fácil,
pues juzgué que mi señor
estaba en casa, y le dixe,
que entrar podia. *Leon.* Las dos
nos retiremos. *Ines.* Tú puedes
ocultarte aquí, Leonor,
porque oigas lo que á Don Cárlos
hablo, pues me da ocasion
para insinuarle mis quejas
tu propio intento. *Leon.* Ya voy
á obedecerte. *Retírase.*
Sale Don Cárlos. A Don Pedro
de Luna he de hacerle hoy
partícipe de mi afecto,
porque su interposicion
facilite con mi tio
mi boda, pues ya mi honor
satisfecho está, sabiendo
la natural adversion,
que á Alexandro mi enemigo
Leonor tiene, y que el favor
mas leve jamas le hizo,
y es vana otra presuncion;
pues el haber Alexandro
en la noche que me hirió
embarazado mis dichas,
fué buscar nueva ocasion,
no faltando á la palabra
de amistad que á Don Juan dió,
y á hallarse correspondido,
no hiciera ausencia su amor.
Isab. No llega? *Ines.* Ya va llegando,
mas con pasos de Dotor
al salir de la visita,
si retarda su porcion.
Carl. Yo entro; mas aquí Isabel?
volverme intento, pues no
me ha visto. *Isab.* Señor Don Cárlos,
á quién buscais? *Carl.* Al señor
Don Pedro de Luna busco;
pero encontrándoos á vos,
por no causaros disgusto
me retiraba. *Isab.* Pues yo
me lo quiero dar ahora
solo por dárosle á vos:
pues falso, mal Caballero,
mudable, aleve, traidor,
pretendiendo mis favores,
sin hallar mi indignacion,
solamente porque os hice
dichoso con el favor
de admitir los cultos vuestros
sin desdeñar la oblacion
os hice ingrato, inconstante::-
Carl. Tened, que la culpa no
tuve yo, vos la teneis;
pues no podeis negar vos,
que en el paseo una noche
á vuestro coche llegó
el del Virey, y admitisteis
su amante conversacion.
Al paño Leon. De esto jamas Isabel
noticia hasta aquí me dió.
Isab. Que llegó el coche no niego,
y en el mio sabeis vos,
que iba con otras amigas,
y excusar ellas ni yo
pudimos la urbanidad
de una honesta diversion;
y presumir, que hubo culpa
en mí, es presumir que al Sol
bastarda nube le puede
eclipsar el resplandor.
Y vivo yo, que á creer
que en vuestra imaginacion
formar pudo una sospecha
el escrúpulo menor
contra el sagrado decoro
de mi fama y opinion,
que me vengara de suerte::-
pero este nuevo furor
en mí es de mas, quando ya
de ser vuestra desistió
mi punto; y mas quando sé,
que fomentó esta traicion
vuestro aleve trato, para
solicitar de Leonor
vuestra prima el casamiento;
pero si del ofensor
tomar por agena mano
se puede satisfaccion,
ya Leonor me la está dando,
pues desprecia vuestro amor
por otro, á quien ya constante
palabra y mano le dió
de ser su esposa. *Carl.* Qué oigo! *ap.*
te-

todo un etna el corazon
respira: pero mi pena
disimula mi dolor.
Pero á mi punto le importa,
que á otro dé la mano ó no?
solo sé que ingrata fuisteis.
Isab. Vos fuisteis solo el traidor.
Carl Vos inconstante á mi afecto.
Isab. El mudable fuisteis vos.
Carl. Ese es engaño. *Isab.* Es verdad.
Carl. Es una suposicion.
Isab. Basta que yo lo asegure.
Carl. Basta que lo diga yo.

Sale Don Pedro.

Pedro. Qué es esto? vos descompuesto,
y tú alterando la voz?
Carl. No sé como me disculpe. *ap.*
Isab. Sin alma y sin vida estoy. *ap.*
Pedro. No respondeis?
Leon. Aquí importa
para dar satisfaccion
al uno, que el otro sepa
de mí, que casada estoy. *Sale.*
Yo responderé por ambos:
viniendo ahora el señor
Don Cárlos aquí á buscaros,
con Isabel encontró,
y movida de la grande
amistad, que hay en las dos,
desengañar á mi primo
quiso de la pretension,
que hace á mi mano, diciendo,
como vos sabeis mejor,
que he dado mano y palabra
á otro. *Carl.* El Cielo se cayó *ap.*
sobre mí, pues ya no hay duda
que él era, mas mi furor
dará muerte á quien me agravia.
Leon. En esta suposicion,
no queria persuadirse
mi primo haber dado yo
á otro palabra, diciendo,
que era solo en mí rigor
para no admitirle á él,
á que Isabel con razon,
y la verdad le argüia,
y opuesto el uno al otro, dió
causa á la porfia en ambos
para oirse entre los dos:
basta que yo lo asegure,
basta que lo diga yo.
Ines. Bien juega Leonor el lance. *ap.*
Isab. Bien me disculpó Leonor. *ap.*
Pedro. Lo que os ha dicho mi hija
os hubiera dicho yo
no ha un instante; pero como
los instantes muda Dios
del bien al mal (porque todo
está á su disposicion)
ahora no os lo dixera.
Leon. Pues qué novedad, señor,
hay para que no aboneis
el que ya casada estoy
con Don Jayme de Cardona?
Carl. Qué esto oiga mi indignacion! *ap.*
Leon. Decidla, señor Don Pedro,
que siempre se hizo mayor
el pesar imaginado.
Pedro. A un Criado, que quedó
en esa antesala, avisa
que entre al punto: de su voz
lo sepa, que para dar
una infeliz nueva no
halla el discurso razones.
Entrase Ines, y saca á Gazapo y Perd.
Gazap. Ya rabió la comision.
Perd. Mas qué queda á que apelar?
Gazap. Ya aquí á tu obediencia estoy.
Pedro. El contenido de aquesta
carta, y qué es tu pretension,
vuelve á decirme.
Gazap. A que habiendo
hecho mi amo donacion
á Don Jayme de su hacienda,
como el contrato faltó,
á tomar posesion de ella
vengo, y casar con Leonor.
Leon. Qué es lo que escucho? (ay de mí!)
qué es lo que dice tu voz?
Isab. Qué pronuncias, hombre? qué hablas?
Leon. El corazon se cubrió
de una congoja mortal.
Gazap. Digo Don Jayme murió.
Leon. Ese hombre es loco: mi esposo
no es muerto, esa es ilusion;
pues sin duda á estar él muerto,
viva no estuviera yo.
Gazap. Qué es no? no hay sino apelar
pa-

para la resurreccion
de la carne. *Leon.* Ay infelice!
que ya á creer falleció
me obliga un fatal anuncio,
cubriéndome de un sudor
helado, que de repente
me va embargando la voz.
Isab. Suerte adversa fué la suya.
Leon. Cielos, no sé donde estoy!
ya anudándose el aliento,
palpitando el corazon,
anhelando con suspiros,
y sensitivo al dolor
mudo el labio, le va al pecho
faltando respiracion.
Isab. Qué miro, Leonor, qué es esto?
Leon. Morir, pues Jayme murió:
esposo mio, mi bien:
María, amparadme vos.
Cae desmayada en los brazos de Isabel.
Carl. Señora. *Pedr.* Leonor. *Isab.* Amiga.
Pedro. El sentimiento turbó
sus sentidos: grave mal!
Carl. Confuso y absorto estoy.
Isab. De un parasismo asaltada
en mis brazos se rindió.
Pedro. Pues pronto, Isabel, la lleva
donde alivie su dolor.
Carl. Muerto me tiene su pena.
Isab. Llevémosla entre las dos. *Llévanla.*
Carl. Quién creerá, que con saber
que nacen de ageno amor
sus sentimientos, me causa
lástima; mas mi pasion
es tan grande, que se olvida
de que á otro esposo nombró.
Pedro. Señor Don Cárlos, Don Jayme
ya murió, y sabiendo vos
que Leonor era su esposa,
os queda á su mano accion
sin escrúpulo ninguno,
que toque á su pundonor.
Carl. No os puedo ahora responder,
ya nos verémos los dos.
Pedro. Id con Dios.
Carl. Guárdeos el Cielo:
lo que haré dudando estoy,
que hasta saber si ya ha vuelto
del desmayo sin mí voy. *Vase.*
Pedro. Que al cabo de mi vejez
sea casamentero yo!
Pero quándo de un anciano
aquestos casos no son? *Vase.*
Gazap. La apelacion salió nula,
señor Perdigon. *Perd.* Señor
Gazapo, lo mismo ha sido
mi comision. *Gazap.* Vámonos
ambos de aquí, haciendo cuenta,
que harto tiempo se pasó
de esta escena á la que sigue.
Perd. A qué es esa prevencion?
Gazap. A que sepan que á su casa
ya en sí habrá vuelto Leonor.
Perd. Si no ha un instante.
Gazap. En mudando
de escena licencia dió
el Arte Cómico al tiempo,
porque en su ley en rigor
siglos los instantes, y
los instantes siglos son.
Perd. Me concluyes: qué aguardamos?
pues á Dios, amigo. *Gaz.* A Dios.
Vanse, y salen Don Juan y Celia.
Juan. Qué hace tu ama? *Celia.* Señor,
llorando está, que es quebranto.
Juan. Cada lágrima en su llanto,
es ya en ella un deshonor.
Hoy ha de quedar casada
con Cárlos que quiera ó no;
por ella no es bien que yo
mi opinion vea arriesgada
en un vulgo, juez severo
contra la reputacion,
que hace ley de la opinion
su crédito verdadero.
Celia. Harto, señor, me ha costado
el haberla persuadido,
y ya á tu gusto rendido
su alvedrío está postrado.
Juan. Prevenida á esta fortuna
dile esté. *Celia.* A que Cárlos ya
llegue esperándolo está
con Doña Isabel de Luna. *Vase.*
Sale Perdigon. El Justicia Mayor viene
con tu sobrino y mi amo.
Juan. Decid que entren.
Perd. Ah, Don Jayme,
si esto hubieras alcanzado!

mas si habias de morirte
ya eso te tienes andado.
Salen Don Pedro y Don Cárlos.
Pedro. Señor Don Juan, en albricias
de que se ha llegado el plazo
á vuestro deseo, dadme
los brazos. *Juan.* Favores tantos
recompenso con los mios,
y sean estrechos lazos
de nuestra amistad: á vos
os debemos yo y Don Cárlos
el que suya Leonor sea,
yo salir de un sobresalto.
Carl. Al señor Don Pedro, ya
debidas gracias le he dado,
y ahora mi rendimiento,
por la ventura que alcanzo,
á vuestras plantas se ofrece.
Juan. Don Cárlos, llega á mis brazos
á lograr cariños de hijo.
Carl. Di, que de tu humilde esclavo
mucha repugnancia me hizo
al principio dar la mano
á mi prima; mas sabiendo,
que los amores tan castos
fuéron en ella y Don Jayme,
no quedó en mi honor reparo.
Juan. En fin ya, señor Don Pedro,
salimos de este cuidado.
Pedro. Que fué grande el vuestro es visto,
puesto que en tan breve espacio
la dispensacion de Roma
traer conseguisteis. *Juan.* Quando
importa al honor, se vencen
los imposibles mas arduos.
Pedro. Vencer á Leonor no fué
lo de ménos. *Juan.* Reportado
á una inobediencia pude
mostrarme, en haber su mano
dado á Don Jayme, mas á otra
cruel me ostentara airado.
Pedro. Ahora, Don Juan, dexemos
eso: ois? *Perd.* Qué es ois? por quanto
no oyera esto un rodrigon:
ya estoy á vuestro mandado.
Pedro. Avisad á la señora *Vase Perdig.*
Doña Leonor, que al estrado
salga. *Carl.* Amor, aquesta gloria
no me quitarás. *ap.*
Salen Leonor, Isabel, Ines, Perdigon y Gazapo.
Isab. El llanto
reprime, que una obediencia
con él estás deslustrando,
y aprende de mí; pues viendo
que Don Cárlos, cruel é ingrato
despreció finezas mias,
sé disimular mi agravio,
y aun olvidarle, que ántes
que mi amor es mi recato.
Leon. En vano mitigar puedo
aquestas lágrimas, quando
mas que al tálamo amoroso,
muevo al túmulo los pasos.
La vida me ha de costar
la violencia que me hago.
Juan. Hija? *Leon.* Señor, á tus plantas
ya mi alvedrío postrado
en la obediencia, te está
mi vida sacrificando:
pon tú el cuchillo, pues pongo
el cuello yo al golpe airado:
dame la mano. *Juan.* Leonor,
llega á mis brazos, mas hallo
que no obedece rendida
quien obedece llorando:
la mano á tu esposo da.
Leon. Mi vida es tuya, y la mano
doy. *Sale el Peregrino.*
Pereg. Espera, no la des:
que por superior mandato *ap.*
de Dios, á los fieles ruegos
de su Madre, está á mi cargo,
que el honesto amor ampare
de Leonor, y así la amparo.
Perd. Por dónde este Peregrino
entró? *Gazap.* El vino volando.
Juan. Quién eres, hombre, que intentas
oponerte á lo que mando?
Pereg. Aun mas q̃ hombre Angel parezco,
pues del Angel está á cargo
evitar, que no cometa
tal vez yerro el juicio humano.
Leonor no puede, aunque quiera,
dar la mano aquí á Don Cárlos,
pues tiene esposo á quien ya
mano y palabra le ha dado.
Juan. Don Jayme era, y murió.
Pereg.

Pereg. Es cierto;
pero los justos arcanos
de Dios son incomprehensibles:
Jayme vive. *Leon.* Qué he escuchado?
Gazap. Por señas, de que por pronto
que volví con un caballo,
á mi amo no encontré,
y á un Lugarcillo llegamos
casualmente, donde en hombros
el cadáver llevó mi amo:
riñó conmigo, y pegué
tornillo como Soldado.
Sobre que no es vivo. *Pereg.* Sí es.
Gazap. Yo lo ví muerto.
Pereg. Eso es claro.
Carl. Pues qué implicacion es esta?
Leon. Di, cómo es esto?
Pereg. Escuchadlo.
Apénas pues de Don Jayme
se dividió del humano
barro el alma, sin que ocupe
en seno determinado,
quando llevado en los hombros
su cuerpo por Alexandro
fué, hasta tocar el recinto
de la Ciudad de Santiago,
adonde visto el cadáver
por unos Guardas del Campo,
á Alexandro le prendiéron,
y el Juez haciéndole cargo
si él le habia dado muerte,
en su descargo gastáron
tres dias, sin que al cadáver
sepulcro le diesen sacro.
Libre Alexandro, con viva
fe y auxîlio mas que humano,
llevó el cuerpo de Don Jayme
á las aras de Santiago,
donde con rendida ansia
pidió por su amigo al Santo:
pero apénas empezó
su fiel deprecacion, quando
restituido á la vida
se vió Jayme. *Isab.* Caso extraño!
Juan. Raro asombro!
Pedro. Gran prodigio!
Leon. Si daré fe, Cielo santo,
á que está vivo mi esposo?
mas sí, pues pronosticando
lo está el alma. *Pedro.* Pues que vive
Don Jayme, señor Don Cárlos,
vuestra esperanza cesó,
supuesto que está á mi cargo.
Las bodas no se efectuen,
que yo tenia tratado,
viviendo Jayme.
Carl. Mal puedo
aspirar ya á la mano
de mi prima. *Juan.* Ni yo puedo
contravenir á los altos
juicios del Cielo. *Leon.* Teniendo
esposo ya, á mi recato
no le está bien que aquí esté;
y así, me voy á mi quarto.
Vamos, Isabel, que luego
te irás. *Isab.* Amor me ha vengado
de un injusto, y sus desayres
son de mi fe desagravios. *Vanse.*
Ines. No dió lumbre aquesta boda.
Celia. Para mí, Ines, ya la ha dado,
pues que le chupé un vestido
al pobrete de Don Cárlos. *Vanse.*
Juan. Solo falta al Peregrino
preguntar mas: otro pasmo!
dónde está? *Pereg.* Invisible á todos
estoy, para el mas extraño *ap.*
prodigio. *Carl.* Sin duda alguna
era Angel y no hombre humano.
Pedro. Admirados, no debemos
ni creerlo ni dudarlo.
Vamos, Don Cárlos, que ya
á Don Juan le embarazamos.
Carl. Vamos: aunque mas prodigios *ap.*
admire, pues me ha quitado
la vida en Leonor Don Jayme,
obstinado he de matarlo.
Pedro. Adónde vais?
Juan. Voy cumpliendo
con mi obligacion. *Pedro.* Quedaos.
Juan. Perdonad, que no obedezca,
que os he de ir acompañando. *Vanse.*
Perd. Seor Gazapo, tambien
la comision ha rabiado:
á la Bula de difuntos
apelo en llegando el caso. *Vanse.*
Pereg. No sin decreto Divino
del Cielo aquí me he quedado
á observar los movimientos

de Leonor en el deseado
gozo de saber que vive
Don Jayme; mas ya reparo,
que habiéndose despedido
de Doña Isabel, ha entrado
en su Oratorio, en el qual
tiene un divino Retrato
de la milagrosa Imágen
luz de los Desamparados.
Y pues no se da en mi esencia
lugar ni tiempo ni espacio,
viéndola estoy, que con ansias
fervorosas, y con llantos
pidiéndole está á María,
Madre de Dios; pero en vano
repito lo que ya están
articulando sus labios.

Aparece Leonor delante de la Vírgen.

Leon. Ante vos, mística Rosa,
de los enfermos salud,
llega mi solicitud
á esperar me hagais dichosa:
Reyna de Angeles hermosa,
puesto que escogida eres,
y abogada sernos quieres,
por ti mi ruego se admita,
pues te gloriamos bendita
entre todas las mugeres.
Hija del Eterno Padre,
por idea portentosa
del Santo Espíritu Esposa,
y del Hijo de Dios Madre:
Mi humilde súplica os quadre,
causa de nuestra alegría,
refugio del que en vos fia,
Torre fuerte de David,
Arca de riqueza, oid
mis voces, Santa María.
Por el gozo celestial,
que tuvo tu corazon
con la hipostática union,
que en tu Seno Virginal
Dios se hizo carne mortal,
que consiga mi desvelo
des puerta franca á su anhelo
tal gloria, pues se demuestra,
ya que para dicha nuestra
tambien puerta eres del Cielo.
O clementísima Aurora!
esos ojos á mí vuelve,
y que en llanto se disuelve
mi pecho: advierte, Señora,
que vuestra devota llora,
dad consuelo á esta afligida;
y pues que dulzura y vida
nos sois, en vano es tardar,
que vos no sabeis negar
quanto un pecador os pida.

Pereg. Con fe pides, tú hallarás
el alivio en tu quebranto.

Leon. Soberana Vírgen Pura,
Madre del Verbo Encarnado,
pues á vuestra intercesion
y del Apóstol Santiago
vive mi esposo, consigan
con vos mis ruegos postrados,
que yo, Señora, le vea;
pues estoy desconfiando
de que mis dichas son ciertas.
Débaos, Vírgen, mi quebranto
la gloria de verle, y que
llegue á estar desengañado
de que no pudo ofenderle
quien constante le está amando.
Concededme este favor,
Divina Aurora, Sol claro,
Templo de la Trinidad
Santísima y su Sagrario,
Estrella, Lirio, Azucena,
á vos apelo, á vos clamo;
la fe de mi ruego oid,
volved esos ojos sacros,
á mi afliccion atended,
favor os pide y amparo
esta pena, esta congoja,
esta angustia y este llanto,
María, María, ahora.

Pereg. Ya el Cielo se lo ha otorgado;
y pues que me da permiso
por su poder soberano,
realmente haré que visible
desde aqueste mismo espacio
á ver alcance Leonor
á Don Jayme y á Alxandro,
que despidiéndose están,
uno ya determinado
de partir luego á Valencia,
y otro quedarse en Santiago:

ya están presentes.

Salen Don Jayme y Don Alexandro.

Alex. Amigo,
dadme mil veces los brazos.

Jayme. Desasirse de los vuestros
no puedo por no dexaros.

Leon. Cielos, la voz de mi esposo
es la que estoy escuchando,
su voz es; pero qué veo?
él es, con Don Alexandro,
el que estoy mirando: esposo?
Mas el placer ha embargado
el acento, y los sentidos
ilusos todos quedáron.

Alex. De dos afectos distintos
sufro, Don Jayme, el asalto,
pues aunque mi ley debiera,
á fe de amigo, obligaros
á que conmigo os quedeis,
el conocimiento al paso
sale despues, previniendo
no es cuerdo, leal ni honrado
el amigo que dilata
de su esposa los halagos,
las finezas y cariños
al otro, y pierda en sus brazos
la union venturosa á que
los Cielos le dedicáron,
disfrutando de himeneo
con felicidad el lazo.
Y así, á pesar del cariño,
y por todo atropellando,
resuelvo, aunque yo lo sienta,
á Leonor ni un breve rato
robaros, pues ya sus ojos
de esta ausencia en los espacios
siglos harán los instantes,
mal viviendo, y bien llorando.
Id á ver á vuestra esposa,
pues ya satisfecho os hallo
de vuestros zelos. *Leon.* Qué es esto?
si es aprehension de mi engaño.

Jay. Vuestra ausencia siento. *Ale.* Presto
espero que nos veamos
en Valencia. *Pereg.* Qué mal sabes
lo que está determinado
de Dios! pues que de una lepra
padecerás el contagio,
como dirá el tiempo. *Leon.* Cielos,
apénas á creerlo alcanzo:
mucho ha de ser si mi gozo
no me da la muerte. *Alex.* Quánto
apartarme de vos siento!

Jayme. Tambien yo, aunque consolado
de ir á unirme con mi esposa.

Peregr. A ese fin fué tal milagro,
y otro que falta. *Leon.* O qué rara
maravilla! *Jayme.* Mas espacio
ya el tiempo no nos permite.

Alex. Pues volvedme á dar los brazos.

Jayme. Y en ellos el alma toda.

Alex. Ea, idos. *Jayme.* Ea, quedaos.

Alex. Qué dolor! *Jayme.* Qué regocijo!

Leon. Qué felicidad! *Peregr.* Qué lauro!

Alex. Mas yo á mi sentir atento::-

Jayme. Pero á mi dicha yo grato::-

Leon. Yo admirando mi ventura::-

Peregr. Y yo al Señor alabando::-

Alex. Diré al sentimiento mio::-

Jayme. Diré á mi felice hado::-

Leon. Al júbilo que yo espero::-

Peregr. Yo á otro prodigio que aguardo::-

Todos. Pues son capaces afectos
de darnos vida ó matarnos,
placeres, aprisa, aprisa,
pesares, á espacio, á espacio.

JORNADA TERCERA.

Suenan dentro chasquidos de hondas.

Dent. unos. Al campo vaya el leproso

Otros. Echadle de la Ciudad.

Dent. Alex. Piedad.

Dent. todos. Vaya fuera, fuera.

Salen Don Alexandro de pobre leproso, y Gazapo pobremente vestido.

Gazap. Que empiezan á apedrear:
corre, señor.

Alex. Ay de mí!

Gazap. La calle dexamos ya.

Alex. Dios nos valga.

Gazap. Habrá tal gente?
no hacen mas en Tetuan.

Alex. Este sacrificio admita
el Cielo. *Gazap.* Si voy allá::-
pero no iré: yo sé, viles,
que he de vengar la impiedad.

 Alex.

Alex. No lo es, si el contagio temen
el no quererse apestar.
Gazap. Qué es apestar? mas apestan
los Doctores, quando hay
de pepinos y pimientos
epidemia universal.
Alex. Qué esto me suceda! el Cielo
paciencia me quiera dar.
Gazap. A mí no; pues la que tuve
se me llegó á acabar ya.
Alex. Eso es desesperacion:
de Dios debemos fiar.
Gazap. Qué es fiar? quando de puro
fiar de su Magestad,
en este estado me veo;
pues pudiéndome quedar
en Valencia, por cumplir
con lo de criado leal,
te fuí á buscar á Santiago,
adonde te encontré ya
con la lepra. *Alex.* Los trabajos
que envia la celestial
mano de Dios, no son males,
bienes se deben llamar,
y darle gracias por ellos;
porque Dios se apiada mas
de aquel á quien da aflicciones,
que del que bienes le da.
La razon es, porque aquel
que goza de sanidad
se acuerda ménos de Dios;
el que padece algun mal
siempre de él se está acordando,
porque llamándole está:
y así gustoso me hallo
sufriendo esta lepra. *Gazap.* Ya
otro Job segundo eres,
mas te falta el muladar:
pero ya á él te echan los mismos
de tu Patria. *Alex.* En la verdad
no me puedo quejar, quando
á conocer no se da
mi persona. *Gaz.* A quándo aguardas?
pues no es gentil necedad,
que habiendo ya cinco años
(que muy presto los habrá)
que te dió aquesta señora
lepra con tanta crueldad,
que en curártela has gastado
(sin llegártela á curar)
con Médicos y Barberos,
no tan solo tu caudal,
mas quanta hacienda tenias
en Castilla; pues de mal
vendida, como quien vende
con suma necesidad,
se desapareció como
el alma de Garivay,
quedando tan pobre, que
para poder caminar
desde Santiago á Valencia,
viniendo pian, pian
(pero pidiendo limosna,
que no hay mas que ponderar)
no comemos los mas dias,
y si algunos, es muy mal?
Alex. Yo te lo confieso: pero
si de Dios es voluntad,
qué hacer puedo?
Gazap. Pesie á mi alma!
qué hacer puedes? apelar
á Don Jayme, pues tu hacienda
le diste, y tan rico está,
que me dicen que en Valencia
hombre mas rico no hay,
pues con lo que le cediste
adquirió un loco caudal.
Informéme, despues que
te dexé de la Ciudad
á la puerta, y he sabido,
que tiene Don Jayme ya
dos niños, que son las niñas
de Doña Leonor. *Alex.* Creerás,
que me alegro de saber
su feliz prosperidad?
Gazap. De esto te alegras? (por Christo,
que me has de hacer renegar)
de verle rico y tú pobre?
pues la diferencia hay
de comer á ver comer
aquel que con hambre está:
bien que para que le pidas
el que en tu necesidad
te socorra, es lo mejor
que esté rico; pues no hará
nada en hacerlo, sabiendo,
que aquel que en la realidad
pide lo que es suyo, no

pi-

pide prestado jamas.
Alex. Ya te he dicho muchas veces
no me hables en eso mas;
pues sabes que no le he escrito
en todo el tiempo que ha,
que en este estado me tiene
mi penosa enfermedad,
para no reconvenirle
á lo que obligado está.
Mas que me arguyas es fuerza
(y qualquiera me argüirá)
por qué á Valencia me vine,
siendo mi Patria, á pasar
la vergüenza de que sepan
quán pobre, quán incapaz
de humanos medios estoy:
mas á la objecion que ya
yo mismo me he puesto á mí,
y otros muchos me pondrán,
satisfaciéndote á ti,
satisfago á los demas:
pues la razon de venir
á Valencia fué por dar
causa eficiente á Don Jayme:
sepa el estado en que está
mi persona, y que lo sepa
solo por casualidad,
no de parte mia; pues
fuerza es que le ha de obligar
la modestia mas que el ruego;
y si entónces liberal
no se mostrare, habré yo
cumplido con mi amistad.
Gazap. Mira, Dios con ser Dios, quiere
que le pidamos, y hay
hombre que sabiendo esto,
por pedir á Dios no mas,
le pide una sarna, solo
por tenerse que rascar.
Alex. Pues pidámosle al Señor,
que conmueva la piedad,
para que nos den limosna.
Gazap. Dios en la necesidad
no manda nos ayudemos?
Alex. Quién negar eso podrá?
Gazap. Pues tú te ayudas muy poco.
Alex. En qué me puedo ayudar?
Gazap. En que pides sin tonillo,
ni sin lamento eficaz,
ó alguna plegaria; pues
en llegando esto á faltar,
ni aun quien va con una Dama
un ochavo te dará:
mas el hombre prevenido
vale por dos: si juntar
quieres limosna á montones,
oye un modo Celestial:
tú tienes lepra, con que
tienes andado lo mas
para Lazarillo. *Alex.* Loco,
qué dices? *Gazap.* Lo que te está
de perlas; pues con aquestas
tabletas que fuí á comprar,
como aprendas á tocarlas
de esta manera, serás,
no tan solo Lazarillo,
mas bravo Lázaro. *Alex.* Ya
estás cansado. *Gazap.* Qué es
cansado? tú lo estás mas:
ó aprende tú á Lazarillo,
ó á Don Jayme iré á avisar:
aquesta es la tonadilla
con que el Lazarillo va:
A este pobre Lazarillo, *Cantado.*
que no ha comido bocado,
sino un pan y un panecillo,
y una libra de pescado.
Qué te parece? *Alex.* Las chanzas
dexa, que en la plaza estás
de la Seo, y no conviene
que te tengan por juglar.
Gazap. Esta la Capilla es
de la Vírgen Celestial
de Desamparados. *Alex.* Puesto
allí podemos tomar
para pedir. *Gazap.* Si nos dexan
los pobres, que inmemorial
derecho gozan aquí.
Alex Pues no nos han de dexar?
Descúbrese la portada de la Capilla de nuestra Señora, y salen un Coxo, un Manco, un Ciego y una Vieja de mendigos.
Manco. A este Manco una limosna.
Vieja. Limosna á esta Vieja dad.
Coxo. A este Coxo. *Ciego.* Al Ciego una
Oracion manden rezar.
Gazap. Dexa que llegue: yo imploro:
al

al Lázaro. *Manco.* Mas otro hay?
quítese. *Vieja.* Viene á pedir?
Gazap. Qué es pedir? yo vengo á dar.
Coxo. Pesadumbres?
Gazap. No. *Ciego.* Pues qué?
Gazap. Los buenos dias no mas:
en qué se emplea la Vieja?
Vieja. Yo acomodo en el Lugar
á servir las mozas. *Gazap.* Bueno:
las viejas debiera mas,
que las que son mozas, ellas
se saben acomodar.
De qué es manco?
Manco. De la mano.
Gazap. Oigan? pues es novedad.
Manco. Soy Albañil, y caí
sobre ella en un corral,
desde un tejado una noche.
Gazap. A esa hora qué hacias allá?
Manco. Yo me entiendo.
Gazap. Qué te entiendes?
concluye, pues claro está
si te entiendes, y era noche,
que irias á trastejar.
Coxo. Por ser domador de burros
quedé sin piernas. *Gazap.* Gran mal;
y aun por ser domador traes
dos muletas que domar.
Y tú, Ciego? *Ciego.* Quedé á obscuras
por mucho oro ver no mas
en mi mano á todos cabos.
Gazap. Por tales cabos, hoy hay
quien sabe á uno que anda á obscuras,
con doscientos alumbrar.
Alex. Denme permiso á que llegue.
Coxo. Leproso, apártese allá.
Gazap. Cómo? que le doy un muerto?
Coxo. En lo vivo quánto va
que le casco? *Cáscanse.*
Gazap. A ver. *Alex.* Teneos;
por aqueso no riñais:
yo me aparto. *Coxo.* Soy yo acaso
algun tullido, que acá
se venia con su lepra?
vaya noramala: hay tal?
Alex. Que caridad falte en estos
que viven de caridad!
Gazap. Por eso la buscan; pero
por la mitra de Cayfas,
que Don Jayme hácia aquí viene
con Doña Leonor, y tray
á sus dos hermosos nietos,
hecho ya abuelo, Don Juan
de Rocafull. *Alex.* Qué me dices?
ilusion tuya será.
Gazap. Pues no los vés? *Alex.* Ya los veo.
Gazap. Pedirle ahora podrás
limosna. *Alex.* Sí haré, supuesto
que ya se hizo casual
con justo ruego: ay, amigo,
la vergüenza que me da
el que así me vea! *Coxo.* Los hijos
de Don Jayme siempre dan.
Los 3. Pues el grito levantemos.
Coxo. Al Coxo una caridad.
Manco. Al Manquillo una limosna,
que Dios se lo premiará.
Vieja. A la Vieja, hermanos mios.
Ciego. Manden la Oracion rezar
de las tres necesidades.
Gaz. Mira como su voz qualquiera entona
ganzúa de la bolsa faraona.
Salen D. Jayme, Doña Leonor, D. Juan, dos Niños pequeños, Celia y Perdigon.
Jayme. Querida esposa mia,
de mis felicidades alegría,
mi afecto no consiente,
ni aun este breve rato estar ausente
de tus divinos ojos;
perdona si te puede dar enojos
q̃ te acompañe. *Leon.* Amado esposo mio,
á fueros de tu gusto, mi alvedrío
todo lo advierte justo,
pues no tiene mas leyes que tu gusto:
y así el acompañarme
no es disgustarme, no, que es lisonjearme;
y mas quando contemplo
el que es la direccion á aqueste Templo
del Alba de María
de los Desamparados norte y guia,
á quien el ser tu esposa
deben los ruegos de mi fe dichosa,
tú ser mi dueño, mi feliz esposo,
de cuya honesta union, lazo amoroso,
esos frutos logramos,
tiernos pimpollos, que con fe llevamos
á ofrecer cada dia,
como suyos, al Cielo de María.

Juan.

Juan. Qué alegres mis afectos amorosos
á mis nietos hermosos
acompañan, alarde haciendo ufanos
de llevarlos asidos de las manos!
Niño 1. Cómpreme usted, abuelo, un paxarito,
que cante y tenga cola.
Niño 2. A mí un pitito.
Juan Sí, vidas mias, yo os daré ese gusto.
Ga. Yo he de hablarle; salgamos de este susto.
Alex. A Don Jayme no vés que está famoso?
Gaz No lo ha de estar, si rico está y gozoso
con esposa tan bella?
Alex. Con razon has debido encarecella.
Jayme. En la Iglesia entremos: vamos.
Coxo. Limosna á este Coxo den.
Manco. A aqueste Manco limosna.
Ciego. A este Ciego que no vé.
Vieja. A esta Viejecita, hermanos.
Jayme. Llegad, prendas mias, pues
á darles limosna. *Niño* 1. Tomen.
Niño 2. Yo quiero darla tambien.
Manco. A mí. *Todos.* A mí.
Niño 1. Poco á poco. *Da limosna á todos.*
Vieja. A mí, cara de clavel.
Niño 2. Ay, qué feo es este, padre!
Jayme. No huyas de él, á darle ve.
Niño 2. Si es el coco.
Jayme. Anda. *Gazap.* Don Jayme,
aguárdese usted, y dé
á este pobre, pues darle
es lo que es suyo. *Jayme.* Muy bien
decis, pues quanto Dios da
al hombre, es suyo; y si el
pobre es retrato de Dios,
un acreedor nuestro es.
Hermano, tome. *Alex.* No sabes
á quién das limosna? *Jayme.* A quién?
Alex. No me conoceis, Don Jayme?
Jayme. No os conozco, amigo.
Alex. No es
nuevo desfigure el rostro,
mas que el mal, la desnudez.
Ya la terneza en mis ojos *ap.*
dexó las lágrimas ver.
Don Alexandro Torrellas
soy. *Gazap* Y yo Gazapo, aunque
ya soy Conejo manido.
Jayme. Qué es lo que oigo? Amigo, pues
cómo de esta suerte estais?
qué contagio es este? *Alex.* Haber
dádome algo en que merezca
Dios con la lepra que veis.
Casi cinco años habrá,
que me sobrevino cruel
aqueste contagio, en cuya
inútil cura gasté
toda mi hacienda, quedando
en el estado que veis.
Jayme. Pues cómo, Alexandro amigo,
cómo, quando vos sabeis
que os debo la vida, hacienda,
honra, hijos y muger,
de mí no os habeis valido?
Alex. Yo, Don Jayme, os lo diré.
Juan. Raro caso! *Leon.* Extraño asombro!
Gazap. Esto habia menester.
Jaym. Decid pues. *Alex.* Porque sabiédo
quan propio en el mundo es,
que el beneficio haga ingratos,
en mi miseria mas bien
aventuraros no quise,
verdadero amigo, que
llegar á experimentaros
ingrato á mi noble ley.
Jayme. Pues para que conozcais,
y todos á conocer
lleguen, que excepciones á esa
regla comun hay tal vez,
señor, con mi esposa é hijos
entra en el Templo. *Juan.* Qué hacer
intentas, Jayme? *Jayme.* Cumplir
con quanto llego á deber
á mi ilustre sangre, y debo
á Don Alexandro; pues
si con amistad piadosa
mi cadáver llevó él
en sus hombros á Santiago;
yo, sin llegar á temer
de la lepra el cruel contagio,
siendo Eneas mas fiel,
en público he de llevarle
en mis hombros, hasta que
en mi propio lecho halle
alivio, consuelo y bien.
Y si él á su intercesion
pudo conseguir tambien
me diese vida el Apóstol,
que Patron de España es:

yo quantos humanos medios
haya aplicarle sabré,
para que la salud cobre,
que es darle la vida; pues
vive muriendo quien vive
á expensas de un mal tan cruel.
Y para que lo consiga
mi ansioso afecto, pondré
talla pública, ofreciendo
á qualquiera que le dé
sano mi hacienda. *Alex.* Qué dicha!
Gazap. Médicos han de llover.
Jayme. Vamos, amigo.
Juan. Qué intentas?
Leon. Qué es lo que quieres hacer?
mira, que su lepra puede
inficionarte. *Jayme.* No vés,
que en mi propia caridad
llevo el antídoto fiel?
Leon. No lo has de hacer.
Jayme. Es en vano.
Leon. Mira que me has de perder,
y te he de perder. *Jayme.* Aparta.
Leon. Señor, impídele, pues
la vida aventuro. *Niño* 1. Padre,
lleva el coco á casa? *Jayme.* Ven,
Alexandro mio. *Alex.* El Cielo
premie tu caridad. *Carga Jayme con él.*
Leon. Que
no lo embaraces, señor,
al ver mi ansia? *Juan.* Déxale,
que un acto tan de piedad
obre: vosotros tras él
id al punto.
Perd. y Gaz. Ya lo hacemos. *Vanse.*
Juan. Envidioso quedo al ver
con Don Jayme accion tan noble.
Leon. Quiera el Cielo, señor::- *Juan.* Qué?
Leon. Que aquel presagio, que siempre
me anunció el corazon fiel
al ver á Alexandro, ahora
cumplido no llegue á ver.
Juan. De un acto que á Dios agrada,
temer no debe la fe
ningun presagiado mal:
en el Templo entremos pues.
Leon. A pesar de ambos, á esta
piedad me pienso oponer,
que la caridad principio
de sí propia ha de tener.
Vieja. A la Vieja::- *Coxo.* Al Coxo::-
Manco. Al Manco::-
Todos. Limosnita, hermanos, den.
Juan. Eso repartan que doy
ahí. *Dales.*
Coxo. Dios se lo pague á usted.
Ciego. Dios le dé Gloria: partamos.
Manco. A cómo tocamos? *Vieja.* A tres.
Coxo. Yo creo, que á nada. *Todos.* Cómo?
Coxo. Como yo lo he menester.
Ciego. Ah gato! *Manco.* Ah ladron!
Vieja. Ah vil!
Todos. A palos lo pagaréis.
Coxo. Fuera, que aquestas muletas
tras todos saben correr. *Vanse.*
Cúbrese la portada, y salen Doña Isabel é Ines con mantos.
Ines. Terrible, señora, estás
ya con Don Cárlos; pues quando
mas rendido te está amando,
logra tus desprecios mas.
Ya veo, que inadvertido
tu fineza no pagó,
y que á Leonor pretendió;
mas hoy le vés tan rendido,
que su culpa á confesar
llega; y si es Dios el Amor,
no será Dios en rigor,
si no sabe perdonar.
Isab. Ya punto, Ines, se hizo en mí
los desdenes que en mí vés;
no hubo menester él tres
años para olvidarla? *Ines* Sí;
pues ausente esos ha estado,
y á amante volvió despues.
Isab. Otros tres aguarde, Ines,
para lograr mi cuidado.
Mas si he de decir verdad,
tema en mí es, mas que desprecio,
el que hago de Don Cárlos,
bien á costa de mi afecto;
que en las mugeres que nacen
principales, es bien cierto,
que es delito de lo frágil
el pasar á nuevo empleo
de aquel que una vez ya hizo
el destino ó amor mesmo.
Ines. Acabaras de parirlo,

es-

señora, quando con ménos
dolores y sin Comadre,
paren otras un secreto.
Qué diera Don Cárlos ahora
por saber::- *Isab.* Calla, que dentro
de la casa nos hallamos
de Leonor; pues no me excusa
la amistad y el cumplimiento
de entrar á hablarla; y mas quando
sé con quanto desconsuelo
está, despues que Don Jayme
á su casa traxo enfermo
á Don Alexandro. *Ines.* Toda
la casa lo está sintiendo,
pues no descansan un punto;
y bien se conoce esto,
pues hasta aquí hemos entrado,
sin que en el recibimiento
hallásemos alguien. *Isab.* Dices
muy bien; mas ya á Leonor veo
que aquí sale.
Sale Doña Leonor. Isabel mia,
pues á estas horas, qué es esto?
si que la he de admitir crees
por visita::- *Isab.* No lo pienso;
pues viniendo ahora de otra,
no era cumplir con mi afecto,
si pasando por tu casa
no entrara á verte. *Leon.* Agradezco
la atencion. *Isab.* Cómo te va
de desazones? *Leon.* Primero
que te responda, Ines, ve
á Celia á avisar, que luego
saque luces al estrado.
Ines. Voy á obedecer. *Vase.*
Isab. No puedo
detenerme, que es muy tarde,
y ha de ir por mi padre luego
el coche, y sé que esperando
estará. *Leon.* A todo hay remedio;
avisarle que se vaya,
y en el mio, que está puesto
para los Médicos, que
junta ahora están haciendo
viendo tan malo á Alexandro,
te podrás ir. *Isab.* Yo lo acepto,
y á avisarlo voy. *Leon.* Aguarda,
que una Criada irá á hacerlo.
Isab. Mejor es que vaya yo,
para mandarle al Cochero,
que le prevenga á mi padre,
Leonor, que en tu casa quedo. *Vase.*
Leon. Sea así. Cielos divinos,
qué nuevo pesar el pecho
me sobresalta de suerte,
que aunque el aborrecimiento,
que tengo á Alexandro, era
bastante á causar mis miedos,
de otro afecto nace, pues
confusamente latiendo
está el corazon, sin que
comprehender pueda el rezelo,
qué es lo que me está anunciando
con latidos tan violentos!
Al paño D. Carl. Con el pretexto de étrar
(donde ha tanto que no entro)
á saber como se halla
Don Alexandro, siguiendo
viene mi amor á Isabel:
mas mi prima: yo me vuelvo
á ir por no disgustarla.
Leon. Quién es?
Carl. Con temor me acerco. *Sale.*
Yo soy, Leonor. *Leon.* Pues, D. Cárlos,
quién os dió el atrevimiento
á estas horas en mi casa,
estando en ella mi dueño,
ó estando en mí, que es lo mismo,
os atreveis? vive el Cielo,
que si creyera ó pensara,
que pudiera ser yo objeto
ya de vuestras osadías::-
Sin mí estoy: de enojo tiemblo. *ap.*
Carl. Suspende, hermosa Leonor,
las iras y los desprecios,
pues aun fulminado el rayo
de la cólera del Cielo,
jamas ha herido en lo humilde,
por no deslustrar su incendio.
Yo no vengo como amante,
pues como pariente vengo,
sabiendo que está Alexandro
tan en el último extremo
ya de su vida, á ofrecerme,
con la obligacion que debo
á Don Jayme, por si en algo
servirle en tal lance puedo.
Leon. Señor Don Cárlos Cardona,
si ese es vuestro noble intento
iré á avisar á mi esposo

salga luego á agradeceros
vuestra atencion. *Carl.* Esperad.
Al paño Don Jayme y Doña Isabel.
Isab. La prevencion hecha dexo.
Jayme. A buscar vengo á Leonor.
Isab. Mas qué miro? *Jaym.* Mas qué veo?
Carl. Un favor me habeis de hacer.
Isab. Qué escucho?
Jayme. Qué estoy oyendo?
muerte le darán mis iras.
Isab. Vengaránse ahora mis zelos.
Leon. Qué favor me pedis, quando
noble me estais proponiendo,
que á ofreceros á mi esposo
venis, Don Cárlos, sabiendo,
que Don Alexandro se halla
de su vida al fin postrero?
Carl. En el favor que os suplico,
en nada puedo ofenderos.
Leon. Decid pues. *Carl.* Siendo vos, prima,
y Doña Isabel un nuevo
lazo estrecho de amistad,
una alma sola en dos cuerpos,
que intercedais vos con ella
(pues rendido la venero)
pague mi constante amor
con su mano, sin que el ceño
de sus rigores emplee
en mi amante rendimiento.
Isab. Alma, volved á vivir.
Jayme. Corazon mio, alentemos.
Isab. Que esta estimacion es mia.
Jayme. Que este no es agravio vuestro.
Leon. Hablar á Doña Isabel
por vos, Don Cárlos, ofrezco,
y tan presto::- *Isab.* Que yo misma,
ántes que interponga el ruego *Sale.*
suyo Leonor, os responda,
señor Don Cárlos, diciendo,
que padre tengo, á mi padre
que me pidais os concedo.
Sale Don Jayme.
Jayme. Y yo, D. Cárlos, que he estado
quanto habeis hablado oyendo,
os ofrezco suplicar
por vos al señor Don Pedro
el que os conceda la mano
de Doña Isabel; y á un tiempo
de que os vengais á ofrecer
en el pesar que me veo
de estar tan malo mi amigo,
con el alma os lo agradezco.
Carl. Un favor y una fineza
recompensar á ambos debo;
á vos besándoos los pies, *De rodillas.*
y á vos las manos. *Isab.* Del suelo
levantad. *Jayme.* Siendo mis brazos
recompensa á vuestro afecto.
Leon. Muy tarde es; y así licencia
nos conceded, porque luego
Isabel se vaya. *Isab.* Vamos,
que irme es fuerza: yo te ofrezco
el volver mañana. *Leon.* En fe
de eso, te irás al momento. *Vanse.*
Carl. Y cómo Alexandro está?
Jayme. Ya tan postrado, que temo
que su aliento vital va
el contagio consumiendo;
y en la junta los Doctores
no sé lo que habrán resuelto.
Carl. Pues no os quiero embarazar;
volver mañana os prometo.
Jaym. Yo os lo estimo. *Carl.* Dónde vais?
Jayme. A cumplir con lo que debo.
Carl. Quedaos, que se oponen siempre
pesares y cumplimientos:
siguiendo el sol de Isabel,
Clicie va mi amante afecto. *Vase.*
Jayme. Que ha de morir Alexandro,
sin que yo acabe primero?
No es posible: quién pudiera
apurarle los secretos
avisos al Cielo, pues
en las ideas del sueño
se me representa ha muchos
dias un galan Mancebo,
parecido á aquel gallardo
Peregrino pasagero,
que de mi creida ofensa
fué desengaño tan cierto;
el qual me dice con voces
(á que crédito dar suelo)
que mi sangre misma puede
ser de Alexandro remedio.
Mas mi sangre (no lo acabo
de entender, el juicio pierdo)
cómo remedio ser puede
de Alexandro, quando advierto,
que aunque á mí me la sacara,
segun aforismo cierto,

be-

bebida la sangre humana
no es antídoto, es veneno?
Pero si en lo que me anuncia
la contrariedad encuentro,
error viene á ser el dar
crédito á tan vanos sueños.
Buscar quiero á Don Juan, para
saber qué resolviéron
ahora en la junta, pues
por asistir al enfermo,
Sale Don Juan con luz.
pendiente la dexé. *Juan.* Ya
pasaba á tu quarto, viendo
que estarias con cuidado:
bien que con el desconsuelo
de la pena que ha de darte;
pues la junta feneciéron
los Médicos, desahuciando
á Alexandro. *Jayme.* No hay remedio?
Juan. Uno imposible. *Jayme.* Imposible
para mi amistad, sabiendo,
que para restaurar su vida
diera la mia? *Juan.* El remedio
solo que se encuentra es tal,
que en el Católico fuero
no se puede hacer, ni hay ley
que lo dispense; pues siendo
Gentil Constantino Magno,
y un Monarca tan supremo,
hallándose poseido
del mismo contagio fiero
de la lepra, permitirle
cuerdo no quiso, sabiendo
era tan cruento, como
la purpura de dos tiernos
infantes, con cuya sangre
se daba un baño al enfermo;
y aquesta virtud moral,
aqueste piadoso zelo
se le premió el Cielo, pues
con el sacro baño excelso
del agua fiel del Bautismo
sanó el alma, y curó el cuerpo.
Jayme. Qué la sangre de inocentes
basta á dar salud? *Juan.* Es cierto.
Jayme. La Medicina lo afirma?
Ya el oculto enigma tengo *ap.*
del sueño apurado; pues
me anunciaba, que remedio
de Alexandro era mi sangre;
y mi propia sangre veo
que son mis hijos. Aquí
es sin duda que hay misterio,
y el Cielo me le revela,
sin revelarme si ofendo
al Cielo en executarlo;
pues sus arcanos decretos
el juicio humano jamas
ha podido comprehenderlos,
y una impiedad solicita
para obrar algun portento.
Y así la vida á Alexandro
he de dar, dexando exemplo
del monstruo de la Amistad
á los siglos venideros:
esto intento. Tú, señor,
vete á recoger, que creo
que es ya muy tarde. *Juan.* Y tan tarde,
que ya Leonor con mis nietos
recogida está: tú, Jayme,
haz lo propio. *Jaym.* Harélo, en viendo
si es que Alexandro sosiega.
Juan. Pues á Dios. *Vase.*
Jayme. Guárdete el Cielo.
Solos quedamos, amor
y amistad, en el mas nuevo
certámen de las potencias,
que á humano encarecimiento
en hipérboles escrito
ha dado la pluma al tiempo.
Alexandro ha de morir,
duda la amistad, teniendo
en casa la medicina
en el hermoso instrumento
de dos infantes, que sirven
para su alivio? Luego
(replica el amor) dos hijos,
dos inocentes renuevos,
fruto amado de su padre,
por bañar un esqueleto,
tronco inútil, se destinan
á un cadahalso tan sangriento?
Bien dificulta: mas dice
pronta la amistad, corriendo
el discurso á los anales,
que hay celebrados exemplos
en que no la vida agena,
sino que la propia diéron
unos amigos por otros,
en que allana el argumento,

que es ménos golpe (no hay duda)
hacer sacrificio ageno,
que hacer holocausto propio;
pues la caridad, advierto,
bien ordenada del hombre,
nace del cariño mesmo.
Replica el amor, que es falso
en esta parte el supuesto;
porque los hijos son prendas
del alma y vida: son pequeños
pedazos del corazon
de su padre, aquesto es cierto.
Dice la amistad: si unido
está en un vínculo estrecho
el hijo y padre, es forzoso,
que no sean dos sugetos
distintos, con que tendrá
dominio el padre directo
en el hijo; y pues conozco,
que debo á Alexandro inmensos
beneficios, no le pago
con mucho lo que le debo,
en darle una corta parte
del corazon. Mas opuesto
el amor, replica y dice,
que es sacrificio violento,
por ser mitad de mi esposa,
y aun el todo, que á sus pechos,
como dominio mas justo,
les dió el dulce nutrimento
á sus hijos. La amistad
se afirma, reproduciendo,
que estas prendas de Leonor
pudo dárselas el Cielo
en himeneo á Alexandro,
pues pudo ser suya; y siendo
suyas, como dueño propio,
al destino obedeciendo,
por veredas tan ocultas
pudo aplicarse el remedio.
Dice á esta sofistería
el amor, que aun siendo reo
el hijo, no hay exemplares
que apadrinen tan horrendo
insulto. La amistad cauta
soborna al entendimiento,
con que el juicio ya peligra.
El amor muestra el espejo
de la memoria, en que graba
tanta tragedia en bosquejos.
La amistad pone delante
varios y aparentes velos
de obligacion no pagada.
El amor los va corriendo.
La amistad los va cegando.
El amor dando reflexos
de voluntad: mas qué dudo?
si á tanta luz estoy ciego:
mueran mis hijos, y viva
Alexandro: esto resuelvo.
Pero he de ser yo el verdugo?
Aquellos abrazos tiernos,
que ha de darme la inocencia,
no han de templarme, y severo
de ellos me he de apartar yo,
y con impulso violento
he de recoger la sangre,
que ya á un golpe fuera ménos
el dolor, siendo la furia
aun ántes ruina que intento?
Y desde el primer suplicio
he de pasar al postrero,
que asaltado ó prevenido,
de quien en rigor tan cruento
(aunque en tan pueriles años)
me diga con llanto tierno
y dulce voz: Padre, padre,
por qué me matas? qué he hecho?
y siendo fiscal su sangre,
he de ser dos veces fiero?
Yo he de ser su patricida?
tan inhumano y protervo
yo he de ser? Mas sí he de ser;
y aun mas he de ser, supuesto,
que despues que de sus venas
el humor saque sangriento,
he de executar la hazaña
mayor, el mas estupendo
caso, la accion mas extraña,
y el mas terrible suceso,
que en mármoles y en historias
dió la pluma al universo;
porque mi fineza explique
la amistad de mi fiel pecho;
porque Alexandro conozca,
que pago lo que le debo;
porque mi esposa disculpe
la obligacion de mi empeño;
porque su padre acredite
soy amigo verdadero;

por-

porque mis hijos perdonen
el rigor de mis intentos;
porque todos se lastimen
en mí; y porque en todo tiempo
por el ámbito del mundo
vuele la fama, diciendo,
que Don Jayme de Cardona,
á su obligacion atento,
fué el monstruo de la Amistad
para admiracion y exemplo. *Vase.*

Sale el Peregrino. Sí lo serás, que invisible
he estado á todo atendiendo,
y el Cielo así lo dispone
para el mas raro portento.

Sale Don Jayme con un Niño en los brazos durmiendo.

Jayme. De los amorosos brazos
de su madre á este primero
robé, que en su lecho blando
estaba entregado al sueño.
Nadie ya sentir me puede,
por estar todos durmiendo;
cuyo silencio apadrina
de mi impiedad el fomento.
Ay de mí! mas yo suspiro
tan al principio? Ea, esfuerzo,
cómo he de acabar valiente
lo que tan cobarde empiezo?
Junto al lecho de Alexandro
le pondré. *Vase.*

Pereg. O alto y supremo
benigno Dios! á qué fin
permites estos portentos,
sino porque Angeles y hombres
te aplaudamos y alabemos?

Sale D. Jayme. Del modo que le saqué
dormido, de ese le dexo
prevenido á su tragedia.
Por la otra víctima entro:
pasos turbados, qué haceis?
ay de mí! que á andar no acierto.
Mas, corazon, si es fuerza,
qué aguardas? ya estoy resuelto. *Vase.*

Pereg. Quién, si aquesto no lo viera,
mortales, pudiera creerlo?

Sale D. Jayme con el otro Niño asimismo.

Jayme. Venid, pedazo del alma,
porque en sacrificio cruento
mi llanto, si no me mata
ántes::- Mas yo me enternezco
ahora, quando es ahora
mas importante el esfuerzo?
Atropellemos por todo.
Venid pues, pimpollo tierno,
al suplicio, donde seais
aun mas víctima que reo;
siendo mi propia crueldad
contra el ser que os dí yo mesmo,
el mas impropio Verdugo
de dos inocentes cuellos. *Vase.*

Pereg. Pues es tan permitido
el tiempo sincopar á breve instante,
y objecion nunca ha sido,
habiendo visto que del lecho amante
á Leonor le ha robado de los brazos,
en dos hijos, del alma dos pedazos,
y al suplicio los lleva,
previniendo cruel el instrumento;
el brazo al golpe prueba,
que retrocede el mismo sentimiento:
mas ya de la inocencia á breve herida,
compra su sangre á costa de una vida;
y ya pasa cruento
á su segundo Isaac, que no advertido
de su mal soñoliento,
la vida rinde al último gemido;
y del purpureo humor un vaso llena,
q̃ aun mas le inunda el llanto de su pena,
y ya á Alexandro baña
con el licor, y le hace noticioso
de crueldad tan extraña;
y entrambos en un lance tan forzoso,
llora triste Alexandro de terneza,
y Don Jayme del dolor de su fiereza.
Mas habiéndole abrigado,
ir al lecho se resuelve,
donde soñando Leonor
lo propio que le sucede,
en fantásticas ideas
agoniza lo que duerme.
Tan turbado va Don Jayme,
que del tacto propio pierde
el acerado instrumento,
que fué agresor de dos muertes:
y aun la antorcha, que llevaba
en la izquierda mano, al débil
impulso de sus temores
dexa caer, porque advierte,
que luz que guió á un insulto,
no es justo que alumbre á verle.

Tro-

Tropezando ya en sus ansias,
buscando va su retrete,
quando á aqueste tiempo mismo
ya Leonor de las especies
del sueño, mal persuadida
si son ciertas ó aparentes,
busca en el lecho á sus hijos,
y no hallándolos, desciende
de su lecho mal vestida,
y buscándolos con crueles
ansias viene aquí: mas si ella
tan presto decirlo puede,
Sale Leonor á medio vestir con luz.
dígalo ella. *Leon.* Vírgen pura,
amparadme, socorredme,
que tropezando y cayendo,
mi sobresalto hallar quiere
mis hijos, á quien el sueño
difuntos me los promete.
Adónde estais, hijos mios?
que aunque turbadas se prenden
las plantas, y pavorosa
aquí caiga, allí tropiece, *Tropieza.*
no he de parar hasta que
os halle: Cielos, valedme!
Mas al caer, un cuchillo,
rayo vengativo, advierte
mi temor, y una apagada
luz: geroglífico es este
de mi mal; pues si mis hijos
eran luces refulgentes
de mis ojos, y apagadas
el sueño me las previene,
ó yo sueño lo que veo,
ó anuncio lo que sucede.
Mas escrito el suelo admiro
con purpúreos caractéres,
sangre, acero y apagada
luz? mi mal es evidente.
Y pues sangriento cometa,
que alumbra con lo que ofende,
es esta vertida sangre,
para que el presagio encuenrre,
de senda me sirva. Pero
ó el temor sombras me miente,
ó son mis hijos: mas no
pueden ser, que si lo fuesen,
al susto ya hubiera muerto,
ó no ser su madre. Deme
valor mi mal, para que
á mejor luz lo penetre.
Aparecen degollados los dos Niños en una cama imperial, en accion de estar echadas las cortinas.
Mis hijos son: desquiciados
los Cielos de sus dos exes
caigan sobre mí. Queridos
pedazos del alma fieles,
quién bárbaro en la crueldad,
ó en el rigor inclemente,
hizo tal suplicio? Quién
tan iniquo, habiendo Jueces,
á una indefensa puericia
rompió las comunes leyes?
Quál astro con el aspecto
malévolo en su ascendente,
si como rayo os influye,
como relámpago os hiere?
Qué caribe el mas impio,
en opulento banquete
sirvió el exquisito plato
de dos puros inocentes?
Qué idólatra en sacrificio
en las aras mas infieles
hizo inmolacion de indulto,
quedando mas delinqüente?
Qué bruto, que el heno pace,
qué fiera, que el Nilo bebe,
se cebó con ignorancia
en la inocencia mas débil?
Quién como Leona, que
rugiendo el monte estremece,
y viendo á sus hijos muertos,
darlos vida á extremos quiere,
nuevo aliento os inspirara,
aunque la vida perdiese?
Mas pues no puedo lograrlo,
por mas que mis ansias crueles
el corazon las exhale
en llanto que el dolor vierte;
pues me ha de acabar la pena
con tormento mas vehemente,
sea este instrumento mismo
(que vengativo y aleve
dividió vuestras gargantas)
quien me dé airado la muerte;
siendo mi brazo el Ministro,
mis ansias quien lo sentencie,
quien lo llore mi dolor,
y en mí misma por mí os vengue.

Ya

Ya os acompaño, queridas
prendas del alma.
Al ir á herirse, sale Don Jayme, y le quita el cuchillo.
Jayme. Detente,
que ese castigo sin culpa
(ay de mí!) no le mereces;
yo sí, que excediendo á todos
quantos tiranos contiene
el ámbito de la tierra,
hice crueldad tan aleve.
Yo he sido quien esa sangre,
que brota en puros claveles,
por dar la vida á un amigo,
vertí. *Leon.* A Alexandro? cese
tu voz, que ya el vaticinio,
que tanto temí, le advierte:
ó nunca le hubieses visto!
Jayme. O nunca noble naciese!
Leon. Destino airado:- *Jay.* Hado injusto:-
Leon. Cruel estrella::- *Jay.* Influxo aleve::-
Leon. Cómo no me ahogan mis ojos
con los raudales que vierten?
Jayme. Cómo el dolor no me mata
con la angustia que padece?
Leon. De bronce soy, pues no muero.
Jayme. Mármol soy, pues soy viviente.
Leon. Qué pesar! *Jay.* Qué sentimiento!
Leon. Qué quebranto! *Jay.* Penas crueles,
ya que fuí yo el patricida
de esos puros inocentes,
y cumplí con mi amistad;
con el amor cumpla en este
dolor de perder mis hijos,
pues lo que mas dixe hiciese,
fué que con el mismo acero
mi vida así::- *Al darse le detiene Leon.*
Leon. Qué hacer quieres?
Jayme. Matarme. *Leon.* Primero yo::-
Jay. No tal juzgues. *Leon.* No tal pienses.
Jayme. Quita. *Leon.* Aparta.
Los dos. Porque yo
he de ser quien se dé muerte,
aunque el mundo lo estorbara,
el primero. *Pereg.* Tente, tente,
que el alma de ambos peligra
con la accion á que se atreve;
y á quienes fe sobra, es bien
que la esperanza aproveche:
pues María, que es fiel Madre
de Desamparados, puede
tanto con Dios, que á tus hijos
(como con fe se lo ruegues)
los restituirá á la vida,
desde el horror de la muerte,
que el Altísimo Señor *Campanas.*
te permitió lo inclemente,
por premiarte lo piadoso,
pues ya el prodigio le debes
de que Alexandro esté sano;
y en señal de que hacer quiere
por ti el favor que le pides
á su Madre, ántes de hacerle,
por sí todas las campanas
de las Iglesias se mueven,
á cuyo asombro admirado
el Pueblo diciendo viene::-
Dent. voces. Milagro, milagro. *Jay.* Dime,
pasmoso jóven, quién eres?
Pereg. El Angel de Guarda soy
de Leonor. *Vase.*
Leon. Espera. *Jayme.* Tente.
Leon. Ya se desapareció
de la vista. *Jayme.* A tan patente
maravilla, pues ya el Sol
alumbra con rosicleres,
llevemos nuestros dos hijos
á las aras reverentes
del Sol de Desamparados.
Leon. Porque con mas fe los lleve
el zelo, veamos si Alexandro
sano está: mas ya aquí él viene
vestido: raro prodigio!
Jayme. Extraño portento es este.
Sale D. Alexandro con su vestido propio.
Alex. A daros vengo las gracias
de mi salud; y pues de ese
Paraninfo escuché quanto
os anunció reverente,
vamos á llevar los niños
á la Vírgen, y á ofrecerle
mi vida, que emplear intento
en servir á su Hijo siempre.
Jaym. Dadme los brazos. *Alex.* Los mios
lo mucho que os debo muestren.
Leon. Vamos, que de fe ya creo,
que vida ha de concederles
María á mis hijos. *Todos.* Vamos,
que de fe puede creerse.
Vanse llevando cada uno un niño en braz.

Salen D. Pedro, Doña Isabel D. Cárlos, Ines, Perdigon, Gazapo y gente.

Dent. voc. Milagro, milagro. *Ped.* Donde
esta maravilla sea
dudo. *Carl.* Pues adónde quieres,
que tantas, señor, se vean,
sino en la Capilla de
María Señora nuestra,
que es de los Desamparados?
Isab. Sino nos mienten las señas
de la gente, que allá acude,
que es verdad se manifiesta.
Pedro. Entremos, puesto que francas
á todos están sus puertas.
Carl. Vamos todos. *Tod.* Ya os seguimos.
Gazap. En ocasiones como estas,
por la devocion se suplen
las que nulidades sean. *Vanse.*

Aparece la Capilla de Nra. Sra. de los Desamparados, y de rodillas D. Jayme, Doña Leonor, los dos Niños, D. Juan y D. Alexandro, y salen todos.

Unos. Mas qué miro!
Otros. Mas qué advierto!
Carl. Que delante de la excelsa
Soberana Pura Imágen,
con humilde reverencia
están Don Jayme y Leonor
de rodillas; y otra nueva
maravilla con Don Juan
Don Alexandro Torrellas
está, y ayer desahuciado
estaba. *Isab.* Qné será esta
novedad rara? *Pedro.* Atendamos,
que ya á prorumpir empiezan,
como en rogativa fiel,
sus voces. *Leon.* Divina Reyna,
Madre de Desamparados,
porque á cobrar vida vuelvan
mis hijos, os los consagra
hoy mi fe en las aras vuestras.
Jayme. Muévaos, Señora, mi ruego.
Juan Mi dolor os enternezca.
Leon. Mis lágrimas os obliguen.
Alex. Compadézcaos mi terneza,
pues á vos os debo, Vírgen,
la salud de mi dolencia.
Pedro. Qué deprecacion será
la suya? *Isab.* No sé quál sea.
Pereg. Ya vuestro ruego atendió
la poderosa clemencia,
y ya alcanzó de su Hijo,
que á vivir los vuestros vuelvan.
Niño 1. Madre mia. *Niño* 2. Padre mio.
Leon. y Jayme. Qué es lo que veo?
Niño 1. La Reyna
del Cielo nos dió la vida
ahora. *Jayme.* Dicha suprema!
Unos. Gran prodigio! *Otros.* Gran milagro!
Pereg. Sedle con fe verdadera,
mortales, todos devotos
á María. *Leon.* A vos, suprema
Imágen, nuestra fe debe
el consuelo en nuestras penas.
Jayme. Hijos, llegad á mis brazos.
Leon. Vida mia, al pecho llega.
Jayme. Amadas prendas, el llanto
en júbilos se convierta.
Pedro. El felice parabien
os demos, aunque sea fuerza
carecer de tal noticia.
Isab. Quién dió muerte tan sangrienta
á vuestros hijos? *Jayme.* Despues
de todo os darémos cuenta.
Carl. La enhorabuena, Don Jayme,
os doy yo con mas afecta
obligacion de pariente.
Jayme. Mis brazos respuesta sean,
como pedir al señor
Don Pedro Luna os conceda
de Doña Isabel la mano.
Pedro. Yo la ofrezco. *Carl.* Pues aquesta
es la mia. *Isab.* Y con la mia
pago agravios con finezas.
Alex. Yo en la Religion sagrada
del puro sol de la Iglesia
Domingo, intento acabar
lo que de vida me resta.
Gazap. Pues yo Donado seré.
Perd. Y yo me caso con Celia.
Alex. Y aquí, Senado discreto,
da fin aquesta Comedia,
cuyo verdadero caso
el argumento comprueba.
Todos. Del monstruo de la Amistad,
perdonad las faltas nuestras.

F I N.

Con licencia, en VALENCIA, en la Imprenta de la Viuda de Joseph de Orga, en donde se hallará esta, y otras de diferentes Títulos. Año 1768.